

La Santa Montaña de San Lorenzo, Puerto Rico y el Misterio de Elenita de Jesús 1899-1909

CAPÍTULO I

El acontecimiento de la Santa Montaña

Elenita de Jesús, Vuestra Madre Redentora, según decía llamarse, organizó una propaganda en pro de la Religión Católica, Apostólica y Romana, congregando un gran número de personas por espacio de ocho años o más del Barrio Espino de San Lorenzo y del Barrio Real de Patillas. Este es un aspecto de la obra realizada por Elenita según el juicio que hiciera Joaquín Crespo al escribirle el Señor Obispo de Puerto Rico el sábado 9 de octubre de 1909, apenas ocho días después del “entierro” de Elenita. En dicha carta pedía autorización para continuar con los mismos propósitos, mediante misiones que se diesen por los barrios de la jurisdicción.

Joaquín describe el estado espiritual en que se encontraban esos barrios y el efecto que tuvieron las misiones de Elenita. Esos barrios eran un zarzal y la Madre Redentora los convirtió en un jardín de ricas y perfumadas flores; los convirtió de hombres perversos, de instintos criminales, a hombres virtuosos y honrados, por medio de sus sana explicaciones, sus virtudes y su prédica moral. Por ser imposible de describir los beneficios que esa santa mujer realizó en aquellas montañas, Joaquín sugiere al señor Obispo que se informe sobre el hecho por medio del párroco de San Lorenzo, el Padre Pedro Puras.

La situación de zarzal tenía en parte su causa por el abandono espiritual de la parroquia ya desde antes del 1899. Al entonces párroco P. Joaquín Saras, se le describía como un comerciante. Tenía una hacienda de café en todos los términos de la jurisdicción de San Lorenzo, desapropiando a personas que por casualidad llegaban a poseer una cuerda de terreno, para lo cual se valió de no menos de cien juicios en la municipalidad. De las doce fiestas religiosas que congregaban anualmente a los fieles decaían algunas y otras habían desaparecido. Por una partida de Bautismo exigía indiscriminadamente 18 o 20 reales. Se le tildó además de politiquero. Esta es la descripción que da un feligrés de Caguas sobre la conducta pública del P. Saras. Esta fue la mentalidad eclesiástica que encontró Elenita cuando vino a San Lorenzo.

La misma situación de decadencia espiritual en San Lorenzo la describe el P. Puras al señor Obispo en su carta del 6 de septiembre de 1911. Antes de venir Vuestra Madre la Misionera, a San Lorenzo, eran todos unos bárbaros en los Barrios del Espino, de Jagual y de Quebrada Honda. Vivían amancebados, no se bautizaba, se la pasaban en el juego, en la borrachera y en el crimen. Las muertes y las puñaladas eran diarias. Ni un Cuartel de la Guardia Civil Española pudo arreglarlos, aun viviendo entre ellos. La Madre Redentora les dio la luz, los convirtió y les enseñó el camino. La gratitud y el afecto hacia Vuestra Madre fue tan sentido por los que la conocieron que María Fonseca quería levantar una capilla donde Elenita dio el cambio, no para adorarla, sino para reunirse allí miles de católicos de varios pueblos con el fin de escuchar la Palabra Divina, confesarse y comulgar. P. Puras fue testigo ocular de una multitud de más de 6,000 almas que se congregó en la Santa Montaña el 20 de agosto de 1911. El Hermano Cheo Francisco (Pancho) Núñez había continuado la prédica por esos barrios, lo que hacía bajo la dirección del mismo P. Puras.

La situación espiritual de la parroquia de Patillas no era muy diferente a la de San Lorenzo. Obdulia Velázquez contaba que los campos de Patillas estaban abandonados espiritualmente. El párroco apenas salía del pueblo. En el campo se vivía amancebado, sin Bautismo, sin Confesión, sin Comunión. Obdulia resumía la situación del Sudeste de Puerto Rico como una de pobreza y de

injusticias. El que más podía se llevaba al que menos podía. Los campesinos regularmente no usaban zapatos, andaban con ropa modesta y se trabajaba continuamente. Había personas que arrebataban las cuerdas de terreno a quienes menos poseían. El pobre era un agregado del rico, quien hasta les deshonraba a sus hijas. La Madre Redentora protegió a los pobres y les enseñó a defenderse cristianamente, les preparaba para el matrimonio, les enseñó a trabajar honestamente; a las niñas que tenía a su alrededor les enseñó a vivir totalmente para Dios, a algunas y para el bien de la sociedad en el matrimonio, a las demás.

Los discípulos de Elenita atestiguan que, una vez terminada la prédica, ella misma llevaba a grandes grupos de personas para recibir los Sacramentos, tanto a la parroquia de Caguas como a la de San Lorenzo, de Cayey, de Yabucoa, de Patillas y de Guayama. En otras ocasiones les daba el dinero de los estipendios y los enviaba en su nombre al párroco. La Madre Redentora les había profetizado que vendrían días de abandono espiritual, pero su misión triunfaría.

Tanto en el caso de la Madre Redentora como el de los Hermanos Cheos parece eludirse en la carta del P. Puras. El 15 de junio de 1910 se había publicado una Circular del Señor Obispo en la que se ponía en alerta a los párrocos para que velasen sobre ciertas doctrinas de personas de uno y otro sexo que usaban nombres de Santos y aun nombres de personas divinas. Esta situación preocupó al señor Obispo, pues de la carta del 20 de agosto del P. Puras, él dedujo que el P. Puras se había apartado del camino recto para fomentar la superstición de los ignorantes. En dicha carta le anuncia que publicará algunas instrucciones para el Clero de la Diócesis.

Desde el 1928 quiso Obdulia dar continuidad a la Obra de la Madre Redentora en la Santa Montaña, pero sufrió grandes decepciones por parte del Clero y aparentemente hizo sufrir mucho a éste. Como Presidenta de un grupo que deseaba rehabilitar dicha Obra, invirtió a reunirse los días 20 de cada mes. Con el huracán San Felipe no pudo realizar su cometido; luego vino la Segunda Guerra Mundial y Obdulia se fue para Ponce, donde daba doctrina. Después del 1965 Obdulia vendió unas cuerdas de su finca en el Sudeste para construir una segunda capilla que conmemorase la casita de la Madre Redentora, cerca del lugar donde ésta tenía la suya.

Han sido varias las capillas que se construyeron en honor a la Virgen del Carmen por petición de la Madre Redentora o por iniciativa de sus discípulos: En Jagual, Espino y Santa Montaña de San Lorenzo; en Guayabota y Quebradillas de Yabucoa; en Borinquen Padrera, el Hato, Tomás de Castro II de Caguas; en el Real y Jacaboa de Patillas.

Hay testigos oculares que afirman ser sacerdotes, muy escasos en números, subieron a la Montaña durante la estadía de Elenita. Ella se los llevaba aparte y conversaba con ellos, pero nunca se supo el contenido de la mayoría de dichas conversaciones. Agustín Flores Ramos supo de sacerdotes que fueron a ver a Elenita, pero él personalmente no llegó a verlos durante las misiones a las que él asistió. Bernarda, hija del testigo ocular Abdón del Valle Rosario, nos informó que su padre llevó una vez una carta de Elenita al señor Obispo de Puerto Rico para que esperase de éste la respuesta, la cual fue negativa. Se sabe, además, que la misma Elenita llegó a visitar a los párrocos de Caguas, San Lorenzo, Cayey, Yabucoa, Patillas y Guayama. Bernardo del Valle Nieves testimonió el desacuerdo del P. Saras con Elenita por los reales que aquél pedía por cada Bautismo.

El miércoles 16 de julio de 1902 fue tanta la gente que asistió a la Misa de la Virgen del Carmen en Yabucoa, pues Elenita así se lo había pedido a sus discípulos, que durante la prédica el P. Antonio Pérez Ruiz afirmó que la misionera había alcanzado más que los sacerdotes.

Rosalía Flores Orellano acompañó a Elenita a San Lorenzo un mediodía para buscar un “santuario”, una imagen de un Santo con corona y ramitos, que el sacerdote le había dado a Elenita para su capilla.

Después de octubre de 1909 dos sacerdotes querían subir a la Montaña y Tiburcio Rosario Galarza, testigo ocular de Elenita, los acompañó a caballo. La capilla entonces se llenó de gente. Para el 1920 el testigo ocular Fermín Navarro Montañez fue padrino de Julio Montañez Gómez, ocasión en que un sacerdote capuchino había sido invitado a dirigir un retiro en la Montaña.

Para la misma época Silvita Núñez, hija de la testigo ocular María Núñez, estuvo presente en un retiro que diera el P. Etanislao, español, mandado a buscar por los Hermanos Cheos para predicar. Uno de esos días estaba P. Etanislao con Silvita en la “Parada de la Virgen”, como le llamaban a las “Tres Cruces”, y le hizo varias preguntas, al final de las cuales le manifestó su deseo de ver los hábitos de Elenita. Ante la impresión de lo escuchado, el P. Etanislao se arrodilló y desde las Tres Cruces hasta la casita de Elenita bajó de rodillas toda la jalda, de unos dos hectómetros de distancia, e igualmente de rodillas subió la escalera de la Casita. Había un hábito negro que pesaba mucho. El sacerdote le preguntó a Silvita si ellos sabían quién había estado allí y él dijo que fue la misma Virgen a quienes ellos vieron. Le anticipó que desbaratarían los hábitos y que la persona que lo haría pasaría un gran susto.

La gran mayoría de los sacerdotes que oían hablar sobre Elenita no opinarían como el P. Etanislao. Los testigos oculares, que estaban convenidos de que Elenita era la misma Virgen María, tuvieron grandes dificultades con su creencia. Un sacerdote trataba de convencer a la testigo ocular Luisa del Valle Rodríguez de que Elenita era una mera monja, pero Luisa humildemente le exponía los argumentos que le demostraban a ella que Elenita sí era la Virgen. María Vargas Martínez, hija y pariente de grandes testigos oculares, afirma que los sacerdotes que no están de acuerdo con Vuestra Madre van en contra del sentido común. Todo lo que Elenita predijo se está viendo. Su mamá y sus tías fueron muy allegadas de Elenita y ante los hechos que contaban y ante el testimonio mismo que Elenita dio de su identidad no se podía concluir de otra manera.

Juana Montañez Delgado, testigo ocular, razona que los sacerdotes estarían de acuerdo con Vuestra Madre, puesto que ellos bautizaban y casaban a los que ella llevaba o les mandaba.

El acontecimiento de Elenita en la Santa Montaña es contemporánea al de los Hermanos Cheos. Para enero de 1902 José de los Santos Morales comenzó a evangelizar en el Barrio Arrozales de Arecibo y al año, enero de 1903, lo hacía también José Rodríguez Medina en el Barrio Bateyes de Utuado. Ya desde principio de siglo el Hermano Francisco Núñez se había mudado para San Lorenzo y llegó a conocer personalmente a Elenita. Un hijo de discípulos, Evangelio Nieves Cintrón, oyó a un Hermano Cheo explicar que para el huracán San Ciriaco el Cielo le había dado ocho años a la Virgen. Esta misma explicación la escuchó la que sería esposa del Hermano Policarpo (Polo) Rodríguez Burgos, Severiana Valdés Morales, cuando acompañó a su madre viuda Julia Morales Rojas a escuchar una prédica del Hermano Polo en Sumidero de Aguas Buenas. Severiana afirma que su esposo no conoció a Elenita.

Severiana nos afirmó que Elenita dejó una carta a los Hermanos Cheos para que a los cinco años, en 1914, la sacasen del panteón y se la llevaran a la capilla de la Montaña. El martes 1 de septiembre de 1914 fueron los Hermanos Cheos a la Santa Montaña con ese propósito, estando presentes Julia y Severiana. Estas se quedaron en la Montaña, mientras los Hermanos Cheos fueron a San Lorenzo. El sepulturero les informó que el cuerpo de Elenita no estaba en el panteón. Los Hermanos Cheos decían que en esos casos el Papa era iluminado y llamaba al Obispo para que enviase a Roma el cuerpo del Santo.

El impacto que Elenita tuvo en los que la conocieron fue grande y todavía perdura. Jesús Alicea Carrasco la recuerda vivamente cada día. A Natividad Laureano Díaz la Madre Redentora lo llamaba su “rabito” le regalaba ropa y le daba buenos consejos. Natividad Mójica Díaz le reza todos los días y llora al acordarse de Elenita. Marcelo Rosario Galarza la invoca con frecuencia y le pide que bendiga al mundo entero. Dominga Martínez Rivera le tiene mucho amor y recuerda con cariño lo buena que era con todos; nos dice que cuando Manuel González vio a Vuestra Madre recogió todo y se fue a vivir a la Montaña. Manuela Lila Velázquez Cruz sueña mucho con Vuestra Madre y la llama para cualquier cosa hasta para ensartar una aguja; Lila tenía unos 15 años cuando se quedaba con Elenita. Pedro Navarro Colón nos expresa que la tiene siempre en su corazón. Y hay testigos oculares a quienes Elenita se les aparece en su casa, se les identifica como la Virgen María, les da fortaleza y los mantiene con una Fe, Esperanza y Caridad heroicas.

CAPÍTULO II

Opiniones sobre la procedencia e identidad de Elenita

Durante el tiempo que Elenita estuvo en la Santa Montaña los discípulos escucharon ciertos comentarios que la desacreditaban, tildándola de bruja, de embaucadora y engañadora. Probablemente algunos así pensaron, pues se oía decir que Elenita aparecía y desaparecía de entre la gente con un rayito de luz, y el aparecerse desaparecerse suena a cuento de brujas. Otros pensaron que era una embaucadora probablemente porque Elenita enviaba mensajeros a recoger limosna por los barrios y pensarían que era en provecho propio, siendo la realidad que lo utilizaba para pagar los estipendios de los Sacramentos y para ayudar a los necesitados. Tal vez por razones similares hubo gente adinerada que salía de sus casas con la intención de matarla, pero en la mayoría de los casos que se conocen, se convirtieron.

Ramón Rivas Aponte, de Jácana, Piedra Blanca de Yabucoa, contaba a su hija Carmen que Elenita era huérfana de madre y su padre era tabacalero; tenía un hermano Manuel que estudiaba para misionero. Su padre contrajo unas segundas nupcias y la madrastra la maltrataba. Elenita solía salir sólo a la Iglesia. Un día salió a pie con Manuel desde San Juan, guiados por un cuadro de la Virgen del Carmen, el que les indicaba dónde detenerse. Después de dejarla en Caguas, Manuel regresó a San Juan. El sacerdote de Caguas recibió a Elenita como si la hubiese conocido de antes y le encomendó una misión allí. De Caguas pasó a San Lorenzo, en donde Ramón la escuchó por primera vez. Elenita se fue luego con Ramón para Jácanas, donde estuvo una o dos semanas. Usaba un hábito como el de la Virgen del Carmen en esa ocasión.

Bernarda del Valle Nieves, hija de testigos oculares, también relata sobre la estadía de Elenita en Caguas. Esta vez como criada de una casa, desde donde iba los domingos a Misa. Ella redactó una carta para el sacerdote con el fin de irse al convento y se lo concedió. Luego redactó otra carta pidiendo permiso al sacerdote para predicar por las montañas y también se lo concedió. Así se movió de Caguas a San Lorenzo.

Una tercer versión la cuenta otro hijo de discípulos, Eduviges Rodríguez Rodríguez, quien oyó decir que Elenita vivía en casa de una tal Carmen en el Verde de Caguas. Su papá Valentín Rodríguez trajo a Elenita al Barrio Espino de San Lorenzo. La discípula Leoncia Arzuaga oyó decir que Elenita trabajaba en una fábrica de Caguas, cuando un día sufrió un mareo y fue auxiliada por Chita, hija del espiritista Manuel Muñoz. Manuel le ofreció trabajo a Elenita: Enseñar la doctrina cristiana a sus hijas en el Barrio Lajita de Caguas. De casa de Manuel Muñoz pasó a predicar en casa de Tomás Flores, también de Lajitas.

José (Leolio) González, discípulo, oyó decir que Elenita había nacido en España, donde estudió en un convento desde donde pasó a San Juan y de ahí se trasladó a Caguas. De Caguas Elenita predicó por las inmediaciones del norte, este y oeste de la Montaña antes de subir a la Santa Peña, desde donde sube definitivamente a la cima de la Montaña. Sin embargo, Leolio oyó decir personalmente a Elenita que ella no tenía padres ni familiares. Leolio supo del esfuerzo que se hizo en su mismo tiempo por saber de dónde era natural Elenita, sus familiares y su edad y nada es consiguió. Elenita llegó a Puerto Rico el martes 8 de agosto.

Elenita, durante su prédica en el Barrio Montones II de Las Piedras se identificó públicamente como la Virgen del Carmen. Testigo ocular y auricular de ese momento fue Natividad Mojica Díaz y su hermana Francisca, quienes estaban acompañadas de sus padres Juan José y Eladia. Ya en la cima de la Montaña, Elenita predicó una vez que ella era la Reina del Cielo y Tierra. Así lo atestiguó Alejandrina Carrión, esposa del discípulo Luis Galarza Rivera, y se lo contó a sus hijos, entre quienes Justino así lo afirma. Cuentan otros testigos que Elenita también se identificó públicamente como la

Madre de todos los hombres. Y a la pregunta de quién era ella, el testigo ocular Bernardo del Valle nos cuenta que respondió que ella era la que sufrió mucho cuando murió Jesús en la Cruz.

ENTRADA POR CAGUAS Y SU TRAYECTORIA

Félix Rodríguez Tirado, testigo de Quebrada Arriba de Patillas, aseguraba que Elenita subió a la Montaña por la parte de San Lorenzo. Ella les había dicho que entró dando catecismo por Caguas y San Lorenzo; que su Papito Dios la había mandado para platicar la salvación a todos; que de este tiempo en adelante tenían la advertencia.

La entrada de Elenita por Caguas en agosto de 1899 está ampliamente verificada. Bernardo del Valle Nieves (nació en 1891) conoció personalmente a Elenita desde que ella dio sus primeras predicaciones en el balcón de la Tienda Grande del Barrio Borinquen de Caguas. Bernardo tenía 8 años de edad cuando la conoció y luego la oyó por segunda vez en la casa del espiritista Manuel Muñoz en Lajitas. Cuando fue a escucharla a la Tienda Grande él acompañaba a su padre Nicasio, quien fue en grupo con Nemesio Galarza, Joaquín Crespo, Goyo Nieves, Genaro González y José Paula Rodríguez. Así también lo cuentan quienes se criaron con Elenita, Joaquina y Lucía, hijas de Nemesio Galarza.

Anastacia Nieves García, sobrina de Goyo Nieves, nacida en 1909, nos informó que en una ocasión su tío encontró a Elenita por el puente de Borinquen, cuando él venía de Caguas y ella le pidió que la llevase al Barrio Maracal de San Salvador de Caguas.

Fue probablemente a principios de la estadía de Elenita por el Barrio Borinquen de Caguas que Calixto Rodríguez, de Quebrada Honda, San Lorenzo, invitó a Elenita a ir a su barrio y ella accedió. Ahí estuvo como dos semanas predicando en la casa de los esposos José Isabel (Lito) Flores Villegañe y Catalina Contreras Martínez, donde la conoció el hijo de Lito, Santos (nació en 1894). Santos la vio por segunda vez en el Sector Morena Arriba de Espina de San Lorenzo, pero no se acordaba en qué casa fue. Teléforo Rodríguez García vio cuando Elenita pasó por Quebrada Honda con su tío Narciso Rodríguez, hermano de su papá Felipe (Pipe), para ir a San Salvador de Caguas. De San Salvador pasó a Espinos. Elenita estuvo en la casa de los abuelos de María Ruiz Rodríguez, Sandalio Ruiz y Segunda Flores, de Quebrada Honda, pero no se sabe a ciencia cierta si esta visita la hizo después de haber estado en la Montaña.

La trayectoria Borinquen-Quebrada Honda-Borinquen-Espino concuerda con la que nos hizo el testigo Hermenegildo (Merejo) Rivera Gómez, del Barrio Ann de Caguas, Elenita estuvo primero en la casa del espiritista Manuel Muñoz, por Lajita de Caguas, de donde pasó a la casa de Tomás Flores, casa que quedaba más arriba, al este, de la de Manuel. De ahí fue a predicar a la Plaza de San Salvador de Caguas y a la casa de Narciso Rodríguez, en el Maracal de San Salvador. Merejo la escuchó por primera vez en la casa de Narciso. De la casa de Tomás pasó a la casa de Valentín Rodríguez, a la de Vicente Rosario y a la de Esteban Rosario, todos en el sector Morena Arriba de Espino. Merejo no llegó a escucharla en ninguna de las tres casa mencionadas de Morena. De Morena arriba se trasladó a la Santa Peña (localizada en la falda norte de la Montaña, como parte de Espino) donde estuvo cerca de un año, y por último subió a la cima de la Montaña, donde Merejo la escuchó por segunda vez.

Aunque no sabemos si fue durante su primera estadía en San Salvador, Elenita evangelizó en la casa de Blas (Candelario) Núñez, quedándose a veces unos tres días. Así lo informa su nieto Heriberto Núñez Rodríguez (nació en 1927) de parte de sus padres, testigos de Elenita.

Juana Rodríguez Flores, hija del discípulo Renigio Rodríguez y sobrina de Severo, Calixto y Cheo Rodríguez, estuvo presente en una de las prédicas que tuvo Elenita en casa de su abuelo Narciso. Informó que antes de haber venido a la casa de Narciso, Elenita había estado en la casa de unos cuyos nombres no se acordaba y en la del espiritista (en esta última Elenita no se había amañado). Después estuvo en la casa de Vicente Rosario y luego en la Santa Peña.

Tal parece que cuando Elenita se encontraba en Borinquen, ella iba a predicar por las noches o por dos o tres días a la casa de Lorenzo Flores y María de la Cruz Díaz en Jagual de San Lorenzo,

padres de Belén esposa del Hermano Cheo Pancho Núñez. De Jagual regresaba Elenita a Punto Fijo para estar ahí al mediodía.

Sería también desde Borinquen que Elenita evangelizó en la casa de Antonio Claudio en el Barrio Tomás de Castro II de Caguas. Ahí le escuchó Jesús Alicea Carrasco por primera vez. Después volvió a escucharla en la casa de Francisco (Ponce) Santiago en Quebrada Abajo de Quemados, San Lorenzo. La escuchó luego en la Peña que llamaba Canteras, de Jagual, después en la Santa Peña de la Santa Montaña y luego en la cima de la Montaña.

Posiblemente Elenita visitó a Guavate y Las Vegas de Cayey mientras estuvo en San Salvador de Caguas. Bernardo del Valle Crespo (nació en 1890) la conoció cuando Elenita predicó en la casa de sus abuelos Luciano (Manucio) del Valle y Faustina (Tina). Una mañana no apareció y luego se supo que estaba en la casa de Vicente Rosario de Morena Arriba de San Lorenzo. Luciano era abuelo de Luisa del Valle Rodríguez, quien conoció personalmente a Elenita en la casa de su abuelo; Elenita a veces iba sola, otras veces iba acompañada por las hijas de Perico (Pedro) Crespo, quien vivía en la Plaza de San Salvador de Caguas. Luisa visitó con frecuencia a Elenita cuando ésta ya estaba en la Montaña.

En una misión que dio Elenita en la casa de Panchito Ortiz de Guavate, Jesús Alicea Carrasco la acompañó desde la Montaña.

El discípulo Agustín Ramos Flores (nación en 1885) nos informó que Elenita subió a la cima de la Montaña en el 1901. El iba y venía en romería desde su barrio, Yaurel de Arroyo, junto con su hermana María y otros, pues se había regado la noticia de que había llegado una Misionera. Agustín comenzó a oírla predicar cuando ella subió a la cima de la Montaña.

Juan Bautista Nieves García atestiguó que Elenita, después de haber estado en la casa de Valentín Rodríguez y Belén de la Cruz, estuvo en la casa de su tío Tomás Nieves, hermano de su papá Cruz en Morena. Estuvo además en la casa de sus padres Cruz y Evangelista, al igual que en la de Rufino Ruiz y María del Valle. Luego estuvo en la finca de Venancio Nieves, donde se encontraba la Santa Peña.

ENTRADA POR PATILLAS Y SU TRAYECTORIA

Para esta opinión sobre la entrada de Elenita por Patillas no conocimos testigos oculares del hecho. Obdulia Velázquez contaba al P. Esteban Santaella el 3 de septiembre de 1973 lo que ella había oído decir: “Elenita llegó a Puerto Rico el 8 de agosto de 1899, día en que Puerto Rico sufrió los estragos devastadores del huracán ‘San Ciriaco’; lo que concuerda con la fecha dada por los testigos oculares de su entrada por Caguas. Fue vista primero por dos agricultores de Yabucoa que iban a cortar la soga de un ganado que se les ahogaba, cuando vieron a una mujer por espacio de medio hora sobre una tabla en el mar. Querían salvarla, pero siguió mar adentro. Saliendo por el bajo de Patillas, se internó campo adentro por el Barrio Jacoboa de Patillas. Llegó hasta la Santa Peña de la Montaña, donde se dieron las primeras misiones.

La impresión que se deriva de esta opinión es que Elenita tuvo sus primeras misiones en la Santa Peña. Así María Vargas Martínez oyó decir que Elenita fue encontrada por primera vez en la Santa Peña por Valentín Rodríguez, Hermógenes Gómez y Valentín (Valeto) Rosario.

Se oyó decir que Elenita le había dicho a Carmen González, una de las niñas de su cuadro, de Quebradillas, Yabucoa, que aquella salió por la Playa de Yabucoa y luego se apareció en la Santa Peña de la Montaña.

José González (Leolio) oyó decir que Elenita se apareció por el Mar de Malapascua, entre Maunabo y Patillas, viéndola venir como en una tabla por el mar. Pasó por la casa de uno de los Poche, quien maltrataba a una vaca, y lo reprendió y desapareció. A la semana apareció por el camino de la Macanea, el que conectaba a Yabucoa con San Lorenzo. Luego las niñas de Vicente Rosario la hallaron en la Santa Peña. Ella mandó a buscar a los padres de las niñas para que le hiciesen una casita.

OTROS LUGARES QUE ELENITA VISITO

Sabemos que Elenita de Jesús, una vez establecida en la cima de la Montaña, salía sola o acompañada para evangelizar lugares nuevos o lugares que ya había misionado. Juanita Martínez González la acompañó a Yabucos, por el Barrio Guayabota; a Patillas, por el Barrio Miraflores y el Barrio Real; a Guayama, por el Barrio Yaurel de Arroyo; y a Guayama, por el Barrio Guamaní, de donde pasó al Pueblito del Carmen, jurisdicción ahora de Salinas.

YABUCOA

Césarea Díaz Hernández, testigo, estuvo presente en la misión que tuvo Elenita en la casa de los padres de Josefa (Chepa) Díaz del Barrio Guayabota de Yabucoa.

Seferino Carrión Fonseca le contó a su hija Matilde Carrión de Jesús que él asistió a las prédicas de Elenita en la casa de sus propios padres, en la de Juan Camacho, y en la de Pepe Muñoz todas en Guayabota.

CAGUAS

Felipe Ríos, testigo, asistió a las prédicas por la vega de Candelario Núñez en San Salvador de Caguas.

Francisca Díaz Arroyo, testigo, estuvo presente en las misiones de Elenita, las que condujo en casa de su abuelo Gregorio Galarza por la Plaza de San Salvador.

Nixia Martínez contaba cuando Elenita predicó en la casa de los Claudio en el Barrio Tomás de Castro II de Caguas. Juan Sabás Cruz, abuela paterna de Ángel L. Fernández Vélez, vio a Elenita cerca de la casa de los Claudio. Pedro Martínez supo que Elenita predicó en la casa de Agustín Claudio Cruz, donde Ramón Claudio, tío de Agustín, a instancias de los Hermanos Cheos, construyó una ermita mucho antes del huracán San Felipe (1928).

Severiana Valdés Morales (nació en 1898) supo que su papá Tomás Valdés Rojas asistía a las prédicas de Elenita en la casa de sus padres Tomás y Aniceta en el Barrio Beatriz de Caguas.

Juana María Ríos nos informó que Elenita estuvo unos días en su propia casa. Juana se había casado con Nicanor Jiménez Figueroa en 1902 y vivían en ese entonces en el Barrio Atravesada de Guavate de Caguas.

SAN LORENZO

Petrona Carrasco Torres supo de sus propios padres que Elenita visitaba a estos, Anastacio C. Claudio, y a sus abuelos Juan Casco y Gertrudis Ramos en el Barrio Quemados de San Lorenzo.

Maximina Santiago Serrano le contaba a su hijo Félix Rodríguez Santiago (nació en 1912) que Elenita predicó en la casa de su padre Francisco (Ponce) Santiago en el Barrio Quemados.

Estebanía Flores Ruiz asistió a las prédicas de Elenita en la casa de su tío Gabriel Ruiz en el Barrio Quebrada Honda. Así se lo contó a su hija Dominga Torres Flores (nació en 1919).

LAS PIEDRAS

Francisca Mójica Díaz (nació en 1890) estuvo presente cuando Elenita predicó en el Alto Sotero Lebrón del Barrio Montones II de Las Piedras; y fue testigo de la estadía de Elenita en la casa de Teléforo Hernández y su esposa Nena.

CAYEY

Elenita visitaba y daba misiones en la casa de Luciano del Valle en el Barrio Guavate de Cayey y se llegó hasta la iglesia del pueblo pasando por el Barrio Las Vegas.

PATILLAS

Vicente Rosario Galarza, testigo, llegó a visitar a Elenita mientras ésta estuvo un tiempo considerable en lo que se conocía como la Congregación de Patillas, posiblemente la vega del Charco Azul, al su de la Montaña.

Locario Lebrón buscaba leche para Elenita, yendo a la casa de su suegro y testigo, Francisco Campos, cuando ella se apareció debajo de un tabonuco, donde hay una imagen de la Virgen en el Barrio Real de Patillas.

Jacinta Cruz fue a esperar a Elenita al Barrio Sonadora de Patillas cuando ésta fue por primera vez a predicar por esa región. Después su hija Manuela Velázquez acompañaba a Jacinta tanto a ese lugar como a la Montaña.

Pilar Rodríguez Morales (nació en 1926) cuenta que Elenita predicó en la casa de sus abuelos Liborio Rodríguez y María Torres López en Quebrada Arriba de Patillas. Elenita llamaba Sícole al padre de Pilar, Francisco.

ARROYO

Agustín Ramos Flores estuvo presente la vez que Elenita llegó hasta el Barrio Palmarejo de Arroyo, pero no entró en el mismo.

GUAYAMA

Agustín Ramos Flores escuchó las prédicas de Elenita en Guamaní de Guayama, después de haberla escuchado primero en la Montaña.

Francisca Morales Pérez (nació en 1924) supo de parte de su mamá Irene Pérez Berríos, testigo, que un día como a las 10:00 a.m. apareció la Virgen sola (así la llamaba) en el jardín de sus padres Antonio P. Rodríguez y Gervasia B. Berniel en el Barrio Guamaní. Las hermanas de Irene, Candelaria y Manuela, pasaron la noche con Elenita en una peña que le nombran “La Machina”.

Isabel Rodríguez Rodríguez (nació en 1897) vio a Elenita que predicaba a un gentío en la Peña de los Indios (otro nombre para la Machina) en el Barrio Guamaní. Dice Isabel que la Virgen Estaba con sus niñas a cada lado como a las 6:00 p.m.

CAPITULO III

Nombre de Elenita

Elenita fue develando los nombre con que la llamasen a medida que descubría a sus discípulos su misión, la cual fue desarrollándose primero en las inmediaciones del norte, del oeste y del este de la Montaña y luego por el sur de la misma, una vez establecida en la cima de la Montaña, desde donde visitó otros lugares de aquellas inmediaciones, tanto lugares recorridos como nuevos.

Cuando aparece en la ciudad de Caguas en agosto de 1899, al poco tiempo comenzó la evangelización de algunos de sus barrios que quedan entre la ciudad y la Montaña: Borinquen, Lajita, San Salvador, Anón, Tomás de Castro II. Desde estos barrios de Caguas visitó posiblemente los barrios

de Guavate y Las Vegas de Cayey, al igual que los barrios de Quemados, Jagual y Quebrada, Honda de San Lorenzo. De Lajita, pasó al Barrio Espino de San Lorenzo, desde donde visitó posiblemente los de Quebrada Arena de San Lorenzo, Montones II de Las Piedras y Jácana Piedra Blanca de Yabucoa.

Elenita predicaba por cuatro horas o más y, al terminar, llevaba, al parecer en las primeras misiones que celebraba en un lugar, personas a bautizas y/o casarse por la Iglesia. De ahí el nombre que le daban a su evangelización de “Misión”. Así de los barrios llevaba a los convertidos a las parroquias, sin tomar en consideración la hora del día o de la noche: durante el día, al anochecer, a la medianoche o temprano en la mañana. Fue al comienzo, cuando se da a conocer como persona que misionaba que ella pide que la llamen Elenita de Jesús. Algunos que la conocieron en su barrio y no fueron luego a verla a la Montaña, por razón de su edad o de la distancia o de la orden dada por su padre, todavía la llamaban Elenita o la Virgen. como es el caso de Natividad Mójica Díaz de Montones II. Toda esa trayectoria recorrida por Elenita desde que sale de la ciudad de Caguas hasta que llega a la Santa Peña de la Montaña se realiza probablemente del 1899 hasta mediados de 1900. Como el testigo Agustín Flores la escuchó por primer vez en la cima de la Montaña en el 1901, Elenita estaría en la Santa Peña desde mediados de 1900 hasta mediados de 1901, ya que, según el testigo Merejo, ella estuvo cerca de un año en la Santa Peña.

De mediados de 1901 hasta el 29 de septiembre de 1909, día en que dio el cambio, Elenita estuvo viviendo en la cima de la Montaña aproximadamente ocho años. Tenía su casita en el lado sur de la Montaña, área que pertenece a Patillas. Durante los primeros años en la Montaña se condujo como una madre con los que la visitaban y los que iban a escuchar sus prédicas y en especial con los de su cuadro. Ella llamaba “mis hijos” o “hijos míos” indistintamente a todos, no importase la edad, el sexo, la condición social. Además de tratarlos así, Elenita se destacó por la organización de las siembras en las fincas de sus discípulos, dándoles órdenes concretas de cuándo sembrar y de qué sembrar. Fue característico de ella suplir a las muchas y variadas necesidades tanto materiales como espirituales no sólo de sus discípulos, sino también de personas que vivían en los pueblos que rodeaban la Montaña. Es durante esta etapa que ella pide que la llamen “Vuestra Madre”. De aquí surgieron varios nombres de parte de la gente: “Mamá”, “Mamita”. “Mamita Elena”, “Mamita Virgen”, “Nuestra Madre”. Así la llamaban sus discípulos, nombres que oía Elenita y respondía a ese llamado sin haber corregido, hasta donde se sabe, ni en público ni en privado dichos apelativos.

A los nombres de “Elenita de Jesús” y de “Vuestra Madre”, posiblemente ella misma añade otro, “Vuestra Madre Redentora”, como unos dos o tres años antes de dar su cambio. Entre sus discípulos este último nombre va a acarrear otros: “Madre Redentora”, “Mamita Redentora”, “Nuestra Madre Redentora”. Durante esos últimos años Elenita les pedía que suplicasen a Papito Dios que ella derramase su sangre en la Montaña, pues sería una bendición especial para Puerto Rico; ella la derramaría para el perdón de todos los pecadores. Suponemos que esta razón del derramamiento de su sangre es lo que trajo como consecuencia el nombre de “Vuestra Madre Redentora”.

Ya antes, posiblemente durante su estadía en la Santa Peña de 1900 a 1901, Elenita había hecho un gesto que les indicaba a sus conocidos que ella no iba a estar mucho tiempo con ellos. Cortándose el pelo, lo distribuyó en madejitas, enrollado sobre cruces de credo y envueltas las cruces en tela gruesa a manera de detentes. Les instruyó que llevasen ese detente con ellos siempre, pues serían protegidos de cualquier asechanza del Maligno, les curaría de enfermedades y les daría alivio en sus tribulaciones. Dos de ellos llegaron a nuestras manos. Eran considerados como reliquias muy sangradas por sus portadores y aún siguen siéndolo entre sus familiares.

De los comentarios que recogimos en las entrevistas se nos da a entender que un primer contacto con Elenita era una gracia muy especial del Cielo. Tomaban conciencia de la grandeza de la persona que tenían delante de sí. Y así lo demuestra el orden cronológico con que aparecen los nombres dados a ella: la Misionera Elenita de Jesús, Vuestra Madre, Vuestra Madre Redentora. El único nombre que ella no se dio a sí misma fue el de Misionera. Hubo otros que así lo registramos durante la entrevista, como “La Santa”, “Santa Elenita”. Así nos informó Jesús Alicea Carrasco. Y el

testigo ocular Bernardo del Valle Nieves nos asegura que peregrinos que venían de otros lugares fuera de San Lorenzo la llamaban en público por el nombre de “Virgen del Carmen”, a lo que Elenita respondía con toda naturalidad y que se sepa, nunca corrigió a los que así la llamaban delante de los demás.

CAPÍTULO IV

Descripción física de Elenita

SU VESTUARIO

El Crucifijo. Lo llevaba al pecho y lo daba a besar a todos los presentes al terminar su predicación. De uno en uno, de menor a mayor edad, comenzando por el sexo femenino, incluyendo a los niños, se arrodillaban delante de ella, quien, al presentarles el Crucifijo para le besasen los pies del Crucificado, les decía “Para” bien y salvación” (Félix Rodríguez). Saturnina Camacho Hernández se lo vio una vez colgando del cuello a la altura del pecho. En otra ocasión Elenita tenía un Crucifijo cargado a la cintura (Agustín Ramos). Marcelo Rosario la llegó a ver con un Rosario que, colgándole del cuello, el Crucifijo le llegaba hasta abajo.

Un vestido negro. Obdulia especifica que Elenita usaba una túnica negra y un manto negro, el cual tenía siete espadas que atravesaban un corazón. Lo usaba durante la Cuaresma y le llamaban el Manto del Martirio.

Cuando se presentó en Jácana Piedra Blanca de Yabucoa, Carmen Rivas la vio usar una túnica o sotana negra que le llegaba hasta los pies, con mangas largas y cuello alto. Así la vio Saturnina Camacho todas las veces que vino a la Montaña a escuchar sus prédicas. Lucía Galarza vio además que Elenita usaba un cinturón negro por la cintura. Para el encierro que precedió al cambio, Bernardo del Valle Nieves la vio con un vestido negro con puñitos y cuello blancos y con una correa negra por la cintura. Agustín Ramos la vio con la túnica negra, pero usando una toquita blanca y sandalias de correa. Victoriana Tirado Díaz con la batita negra, usando un pañito blanco en la cabeza, y el pañito a su vez estaba tapado por un manto negro; las mangas de la batita llegaban hasta las manos y la falda hasta los pies; usaba chancletas en esa ocasión.

El vestido marrón. Según los testigos oculares, el vestido marrón, al estilo de la Virgen del Carmen, era el que preferentemente usaba Elenita. Juan Velázquez Claudio la vio usando un cordón marrón a la cintura, pero Medino Torres en otra ocasión la vio con una correa negra. Dominga Martínez Rivera la vio usando el Rosario de cuentas grandes a la cintura.

El vestido rojo. Saturnina Camacho se acuerda que para la fiesta de perros y gatos en el 1907, Elenita usó una batita roja, con el Rosario a la cintura y un Crucifijo que le colgaba del cuello. Una vez Amelia Cruz Maurás la vio con un vestido rojo cardenal y un cinturón verde a la cintura, pero no llevaba nada en la cabeza y calzaba chancletas como de trapo.

El vestido blanco. Elenita usaba también batitas blancas (Juana Rodríguez Flores). Las dos veces que Flor López Meléndez fue a verla al Pueblito del Carmen por Guayama, Elenita vestía de blanco con puñitos como de goma y correa como de goma, pareciendo una palomita. Juana Montañez Delgado y Dominga Martínez también la vieron vestida de blanco. Juan Dávila llegó a verla con la

batita blanca, pero usaba sobre su cabeza un velo negro, teniendo el pelo suelto debajo del velo.

EL PELO

En cuanto al color del pelo hay cierta discrepancia. Saturnina Camacho lo vio castaño y Genara Rosario Galarza, castaño tirando a rubio. A Amelia Cruz Maurás le pareció como medio colorado. Sin embargo, Manuel Velázquez Cruz lo vio como negro, y Juana Dávila Lebrón, Eulogia Félix Sánchez, Francisca Mójica Díaz y Daniel Figueroa lo vieron medio negruzco.

A veces Elenita usaba una toquita blanca que le cubría el pelo. Otras veces usaba un velo con una puntilla en la cabeza, de la cual salía una tela con brillo. De este último tenemos un ejemplar bastante deteriorado. Genara describe lo que usaba para taparse la cabeza como un pañuelo.

Durante el mes que Daniel Figueroa estuvo sirviendo de guardián ayudando a Andrés Crespo, Elenita tenía el pelo suelto dentro de su casita.

Amelia Cruz Maurás la vio a veces con trencitas; su pelo era algo ondulado. Así también la vio Juana Montañez Delgado.

Otros testigos oculares la vieron con el pelo suelto hasta la cintura. Las tres veces que Pedro Rivera Colón fue a sus prédicas en el 1907 Elenita tenía el pelo que le llegaba hasta más abajo de la cintura.

Pedro González nos asegura que Elenita se cortó el pelo más de una vez, pues cuando se le comenzó a llamar Madre Redentora y Mamita Redentora, ella se hizo una especie de gorrita con las iniciales “M” y “R” al frente, separadas por una Cruz “M+R”, que quería decir “Madre + Redentora”.

Una de las veces que Elenita predicó en Montones II de Las Piedras, Francisca Mójica Díaz la vio con el pelo recogido en un moñito en la parte de atrás de la cabeza.

ESTATURA Y FISONOMÍA

Todos los discípulos concuerdan que Elenita tenía como unos cinco pies de altura. Era delgada, muy bella, como de unas 100 libras de peso. La mayoría dice que los ojos de Elenita eran claros, tirando a verdosos, pero algunos le vieron los ojos como negros. La gran mayoría concuerda que Elenita nunca les mencionó la edad que tenía.

Algunos como Saturnina Camacho, la vio siempre con unos guantecitos que le cubrían las manos, las que Juana Rodríguez Flores, a su vez, describía como suaves, de nenes, y anchitas. Todos afirman que eran unas manos pequeñas.

Todos concuerdan además que su tez era blanca, unas veces viéndose bien blanca, otras veces atrigueñada. Medino Torres y otros la veían tonarse color rosa cuando predicaba. Melitón Rosario y Bernardo del Valle Nieves nos aseguran que Elenita tenía un lunar, el primero, con tres pelitos, el segundo, a manera de verruguita. Bernardo nos dice que lo tenía en la mejilla izquierda. Aunque Juana Campos Torres llegó a fijarse en el lunar, no se acordaba en qué lado de la cara lo tenía.

SU CARÁCTER

Los discípulos la describen como una persona bien cariñosa, de muy buen humor y hasta jocosa, siempre contenta y con una sonrisa muy agradecida por cada favor que le hacía y les daba las gracias con una voz muy suave. Acostumbraba cantar himnos muy bonitos desde dentro de la hamaca en que la cargaban.

A la misma vez era muy recta y lo que Elenita decía se hacía. Infundía con su presencia un gran temor de lo Alto. Corregía con mansedumbre, aun a aquellos a quienes los reprendía con una varita

que a veces tenía. Inspiraba gran respeto y santidad.

Cuando estuvo en la casa de Tina, del Barrio Guavate de Cayey, María Luisa del Valle observó que Elenita no estaba “de arriba abajo”, sino que, cuando no salía para predicar o para orar en común, se quedaba en su cuarto. Así también lo cuentan los testigos más allegados sobre el comportamiento de Elenita durante el tiempo que la conocieron.

Elenita hablaba como los puertorriqueños. Su voz finita y suave era muy llamativa e inconfundible, y para sorpresa de todos se oía por todas partes en la Montaña. Era muy respetuosa en su modo de hablar.

SU COSTUMBRE DE COMIDA Y DESCANSO

Muchos de los que visitaron a Elenita nunca la vieron comer. Los pocos que la vieron comer alguna vez dicen que raramente se comía parte de un gajito de limón chivo o de naranja agria, y ello lo hacía cuando quería hacer el milagro de convertir el limón o la naranja en dulce para que los presentes aumentasen su fe en ella.

Son contadísimos los que dicen que la vieron comer otra cosa. María Luisa del Valle dice que la vio comer un guineíto niño maduro en casa de su abuela Tina y en otra ocasión, dos gotitas de café negro sin azúcar. Así también Carmen Laboy Laboy (nació en 1887) la vio tomarse una vez un poquito de café negro con gotitas de naranja agria. Y Elogia Félix Sánchez dice que una vez mandó Elenita a matar un pollito pequeño en tres pedazos para ser hervido con un grano de ajo; del caldo se bebió un poquito.

Los que conocieron a Elenita nunca la vieron descansar.

CAPÍTULO V

Poderes que manifestó Elenita

Elenita manifestó un poder sobrehumano en el conocimiento de los nombres de las personas que iban a venir a la Montaña o estaban allí presentes o que vendrían más tarde. Igualmente fue asombroso el conocimiento que tenía de los pensamientos y/o de las acciones de personas que estaban o no presentes en la Montaña.

CONOCIMIENTO DE NOMBRES

Elenita sabía los nombres de las personas que llegaban a la Montaña (Pedro Rivera Colón) y los llamaba por su nombre sin estos haber estado antes en sus prédicas (Juanita Martínez González) y sabía quién venía o no a sus predicaciones.

CONOCIMIENTO DE PENSAMIENTOS

Melitón Rosario nos contaba cómo Elenita conocía los pensamientos de las personas, presentes o ausentes, y concluye que por eso “los despachaba enseguida”.

Atentados contra su vida. Conocemos de cinco ocasiones en que personas pensaron e intentaron matar a Elenita.

Venían unos a matarle desde Arroyo y Guayama y ella se lo anticipó a sus guardianes. Pidió que todos orasen. Elenita se encontraba a la vega del Charco Azul, cuando envió a uno de sus

mensajeros para que fuese a buscar a los malintencionados, pues se habían perdido en el bosque. Cuando llegaron a la verja, Elenita mandó pasar al principal, Joaquín Rosa. El caballo se arrodilló delante de Elenita y así también lo hizo Joaquín. Elenita le delató su masonería y le impuso una penitencia de caminar descalzo por un año (Félix Rodríguez).

Estando Elenita en Jácana Piedra Blanca de Yabucoa, previene a sus oyentes que en aquel momento tres ricos de Yabucoa venían con la intención de tirarle los caballos encima a ella. Pidiéndole que se quedasen tranquilos, al llegar los jinetes los caballos se alzaron en las patas traseras y no podían pasar del lugar en donde estaba Elenita predicando (Carmen Rivas).

Olegaria Vega Cintrón se encontraba presente en la ocasión en que Elenita predicaba en la casa de Tito Rodríguez de San Lorenzo, cuando un masón llamado José vino para matarla. Había mucha gente congregada en aquella predicación. Elenita llamó al masón y le delató la intención con que había venido a escucharla. Le dijo el número de balas que tenía en revólver y el número de las que tenía escondidas en el bolsillo de su pantalón. El masón fue perdiendo su fuerza poco a poco y caía al suelo, cuando Elenita mandó a que lo auxiliaran. Ella continuó su prédica. Cuando terminó de predicar, le llamó y le dijo que se fuese inmediatamente a su casa, pues se le quemaban en aquel instante los quintales de tabaco que tenía y, si no avanzaba, se le quemaría también su casa. El masón vivió para contar la realidad de lo que le había dicho Elenita y de la consecuencia de sus acciones.

En otra ocasión Elenita predicaba, cuando advierte a los presentes que tres personas ricas de San Lorenzo habían salido a caballo para matarla. Los tres ricos creían que quien de veras se había aparecido en la Montaña era una bruja y habían decidido acabar con ella. Cuando llegaron, Elenita dio la orden que nadie se moviese e hizo la Señal de la Cruz en la dirección donde se encontraban los jinetes y al momento los caballos se hincaron en sus patas delanteras y los tres hombres se pusieron de rodillas y le pidieron perdón (Adolfo Ruiz Medina).

Otros ejemplos. Elenita acostumbrada enviar sus mensajeros a recoger dinero por los barrios. Una señora le había dado a Narciso Rodríguez dos huevos que necesitaba para comprar sal. Al traerle lo recolectado, Elenita mandó a Narciso a devolverle los dos huevos a la señora, dándole la razón para ello y lo que la señora había pensado al dárselos a él.

Leandro Claudio Lebrón relata que su mamá Juana Claudio Nieves salía para la misión de Elenita en la Montaña, cuando él le grita que le diga a Elenita que le envíe dos chavitos. Leandro vivía en el Real de Patillas. A Juana se le olvidó dar la encomienda de su hijo a Elenita, pero al terminar la prédica, ésta llamó a Juana y le dice que no se fuese todavía, que esperase un momento en lo que le buscaba los dos chavos que su hijo le pidió que le mandase.

Elenita tenía una misión en la Montaña, a la que vino una señora que iba a dar a luz. Al entrar dicha señora, ella vio un pavo de Elenita y lo apeteció en su pensamiento. Al terminar la misión, Elenita mandó a Nicolás a coger el pavo para que se lo diera a la señora encinta y se lo comiera tal y como lo apeteció (María Luisa Vargas Martínez, hija de testigos).

Jacinta Cruz había hecho una promesa a la Virgen del Carmen y por olvido no la había cumplido. Una vez fue a ver a Elenita y ésta la recordó la promesa que había hecho, y le regaló una imagen del Carmen para que cumpliera lo que por tanto tiempo había prometido (Manuela Velázquez, hija de Jacinta).

En una misión de Elenita ésta anunció que un hombre venía a la Montaña para saber si ella era hombre o mujer. Describiendo a la persona, mandó a los que estaban en el portón que no lo dejaran pasar (Eulogia Félix, testigo).

En Guayama había una señora que tenía una cerda preñada y pidió a la Santa de la Montaña que, si su cerda paría, le regalaría uno a ella. La cerda parió, pero a la señora se le olvidó la promesa hecha. Al tiempo Elenita envió dos mensajeros a la casa de dicha señora para que cumpliera lo prometido ya que no le había mandado el cerdito. Cuando los mensajeros encontraron la casa de la señora, le dieron el recado de parte de Elenita y aquella, admirada, les preguntó como era posible que la Santa lo supiese, si cuando hizo la promesa, ella se encontraba sola en su cuarto (Petra García

González, hija de testigos).

CONOCIMIENTO DE ACCIONES

Los discípulos de Elenita se sorprendía sobremanera de que ella supiese cuando alguno de ellos se había confesado mal ante el sacerdote o había comulgado sacrílegamente.

Joaquín Crespo había matado un familiar y Elenita decía que él no tenía perdón de Dios, por lo cual salió Joaquín con un sable para matarla. Durante la misión Elenita delató la intención que tenía Joaquín y éste comenzó a dormirse. Cuando Elenita llegó a donde estaba Joaquín, se le cayó el sable y ella lo mandaba a recogerlo. Joaquín, al contrario, cayó de rodillas delante de ella y según cuanta la testigo, le besó los pies a Vuestra Madre. Elenita le dijo que buscaría alcanzar su perdón de Papito Dios y le impuso la penitencia de hacer un camino, de confesarse y dejar un peso en cada iglesia que visitase. Luego en otra misión Elenita decía que si alguno fue perdonado por Papito Dios, ése fue Joaquín porque hizo todo lo que ella le mandó (María González del Valle, testigo).

Pablo Cruz González, primo hermano de Rosa Nieves González, era del sector Morena Arriba de Espino en San Lorenzo. Para el año 1905 Elenita lo mandó a San Juan para que le comprar una tela con la que forraría su capilla (otra versión dice un libro). Llovía mucho y al pasar por una bar; Pablo compró tres centavos de ron. Al llegar a la Montaña, Elenita le preguntaba qué había hecho, pero él no se acordaba del palo de ron que se tomó. Entonces ella le dijo que lo había mandado a buscar la tela, pero no a beber ron. En los 50 años que le restaron de vida (Pablo murió en 1955), Pablo nos volvió a probar un trago de ron (María del Valle Nieves, hija de Rosa y María Cruz Rosario, hija de Pablo González).

Una vez Elenita envió una botella de vino a Roque Borges con el hijo de éste. Al llegar a la Quebrada del Zapato, la destapó y bebió un poco de vino, completando lo que faltaba con agua de la quebrada para que su padre no se diese cuenta. Cuando el hijo de Roque volvió por la Montaña, Elenita le dijo lo que había hecho, pero lo dispensó de un castigo en esa ocasión (Laureana del Valle Roldán, hija de testigos).

Un día salió una romería del Barrio Anón de Caguas para ir a ver a Elenita. Generalmente iban sábado o domingo. Hermenegildo se llevó a su sobrino Victoriano Rivera y éste aprovecho el camino para tratar de enamorar a Crucita Figueroa, hermana de Daniel. Cuando llegó la romería al portón de entrada por la Santa Peña, les esperaba Cheíto Rodríguez con una orden de Elenita: “Que todos entraran menos Victoriano”. Como lo que decía Elenita eso se hacía, Hermenegildo cogió a su sobrino y lo llevó otra vez a su casa, virando inmediatamente del mismo lugar (Hermenegildo Rivera Gómez).

Agustín Ramos Flores estaba presente el día en que Elenita, en la misma prédica, contaba cómo se le había perdido un libro a un señor y el esfuerzo que habías hecho por encontrarlo. Decía, además, la manera en que otra persona había encontrado el libro, y sabiendo que el dueño lo procuraba, aquella no se lo entregó. En ese momento Elenita detuvo la prédica y clavó sus ojos en el culpable, quien se encontraba presente, y le mandó devolvérselo al dueño, imponiéndole una penitencia.

Pedro Rivera Colón estuvo presente la vez que Elenita, durante la prédica, delató en público lo que había dicho un señor cuando salió de su casa: Que iba a llevar tres limones chivos a la Montaña a ver si Vuestra Madre sabía las cosas de verdad. Lo llamó por su nombre y le pidió que se acercase, que mondase los limones y los probase. El limón chivo es bien agrio por naturaleza. Pero los que lo probaron se asombraron sobremanera al constar que eran dulces como el azúcar.

Senei Rosa saló de su casa con la idea de llevar a Elenita un limón chivo, pero ya cerca del portón oriental de entrada, sentía las rodillas temblar y de miedo lo escondió cerca del portón. Para sorpresa de Rosa, Elenita lo mandó a buscar con Modesto Lebrón, pidiéndole que trajese el regalito que había dejado cerca del portón. Traído el limón chivo, se lo mandó a mondar y a probar, y grande fue su admiración porque el limón chivo era como una pelota de azúcar. Elenita le dio tres golpecitos en el brazo con una varita que tenía y lo mandó a su casa con la orden explícita de no detenerse por el

camino. Cuando Senei Rosa llegó a su casa le comunicó a su esposa que Elenita era la Santísima Virgen (Sixto Dávila Rivera, testigo).

Tiburcio Rosario fue testigo ocular de ocasiones en que Elenita llamaba a una persona y le decía la mala acción que ésta había cometido; la persona caía de rodillas, pidiendo perdón.

La primera vez que un agregado del papá de la relatora, Juan Avelino Martínez Arroyo, fue a una misión de Elenita, Juan le preguntó qué creía él de Elenita. El agregado le dijo que era como una españolita. A los pocos días Elenita mandó a buscar a las hijas de Juan, María de Jesús y Gumerinda, para que se quedasen con ella en la Montaña por un tiempo. Juan Avelino no pudo dormir esa noche. Al amanecer pidió que le ensillasen un caballo para ir a la Montaña. Elenita llamó a Carmelo Martínez, primo de Juan, dándole la orden de esperar a Juan en el portón oriental. Al llegar Juan, Carmelo lo mandó a pasar, diciéndole que Elenita lo estaba esperando, Juan le preguntó a Carmelo quién le había dicho a ella que él venía para la Montaña y Carmelo le contestó que Elenita lo sabía todo (María del Carmen Martínez González, hija de Juan Avelino, nacida en 1909).

Marcelo fue enviado por Elenita a llevar a Elvira, una de sus niñas, a la casa de ésta en el Barrio Matullas de Maunabo. Eran las 4:00p.m. cuando salieron de la Montaña y, a pesar de que el viaje a pie tardaría unas seis o más horas de camino, el sol como que se detuvo y llegaron cuando todavía estaba de día.

Cuando llegaron a la casa, la madre de Elvira comenzó a murmurar contra Elenita por haber enviado a su hija sola con un hombre. En ese instante Elenita llamó a Alejandrina, hermana de Elvira, que se encontraba también en la Montaña, y le dio la orden de irse sola a su casa, sin detenerse por el camino, comunicándole lo que había dicho su mamá cuando Elvira llegó a su casa. Al llegar Alejandrina, su mamá le preguntó si había sido enviada sola, sin compañía alguna, a lo que Alejandrina le respondió que había venido sola debido al comentario que hizo sobre Vuestra Madre. Su mamá le preguntó que quién se lo había dicho a Vuestra Madre y Alejandrina le respondió que ella lo sabía todo (María del Carmen Martínez, vecina de Elvira y Alejandrina).

En otra ocasión Elenita envió a Tiburcio Rosario a buscar a Basilia Rodríguez, una de sus niñas, al Barrio Quebrada Honda de San Lorenzo. Su mamá Ramona García Corujo no sabía si enviarla o no sola con el mensajero. Al fin y al cabo se decidió a enviarla, pero cuando venían por Canta Gallo de Espino se encontraron con otro mensajero de Elenita con el recado de que Basilia regresase a su casa. Al otro día Elenita mandó a buscar a Ramona a la Montaña para comunicarle que cuando ella mandase a buscar a una de sus niñas, tuviese Ramona plena confianza en enviársela (María Ruiz Rodríguez, nieta de Ramona).

En una ocasión mandó Elenita a Juan Avelino Martínez a buscar a Juan Vázquez al ranchón de la Montaña. Al llegar, Elenita reprendió a Juan Vázquez por haber dicho que Juan Avelino, por estar andando detrás de la Misionera, no sembraba arroz y Elenita le advirtió que primero se comería arroz de la tala de Juan Avelino que de la tala de él. Más tarde Juan Vázquez preguntaba quién había podido decírselo a Elenita. Desde esa vez creyó a Elenita y le trajo a toda su familia (Cosme Vázquez Díaz, sobrino de Juan Vázquez).

Saturnino Núñez había invitado a un vecino a ir a la Montaña para escuchar la prédica de Elenita y el vecino le respondió que Elenita era una loca. Durante la prédica, Elenita decía a la gente que había un quejido por el aire, que rezasen un Padrenuestro por la persona que hacía poco había dicho que ella era loca. Cuando Saturnino regresaba a su casa, le enteraron que el vecino, a quien él había invitado, hacía poco que había muerto (Heriberto Núñez Rodríguez, hijo de Saturnino).

Pasada la fiesta de Reyes Elenita había citado a la gente para una predicación. Para ese mismo día se hicieron los arreglos para dar un baile en el Barrio Espino de San Lorenzo y algunos incitaban a los que subían para la Montaña a que se fuesen al baile. Al comenzar la prédica lo primero que mencionó Elenita fue la barrera que le ponían a los que querían subir para escucharla y añadió que Puerto Rico era malicioso, por lo cual tendría castigos (Evangelica Figueroa Ruiz, hija de testigos).

Juan Montañez Pérez subía a la Montaña para una prédica de Elenita y escondió el tabaco que

fumaba por el camino. Fue grande su sorpresa, cuando al llegar, Elenita le dijo lo que él había hecho (Lucía M. Hernández, hija de Juan).

Sícole, como cariñosamente llamaba Elenita a Francisco Rodríguez Torres, se distraía en las prédicas de Vuestra Madre mirando a las muchachas. Elenita le llamó la atención para que atendiese a lo que se enseñaba y le advirtió que la muchacha en quien había puesto su ojos en ese momento no sería su esposa, pero que a su futura esposa la conocería pronto. En otra misión Elenita le señaló a Sícole su futura esposa y le regaló a ella, Guadalupe Morales, el ajuar de bodas (Pilar R.M., hija de Francisco).

Cecilio Morales Ayala, hermano de Guadalupe, se encontraba en una de las prédicas de Elenita en la Montaña. Llovía mucho por el barrio donde él vivía y su esposa se quejó de que Cecilio estuviese en la Montaña. Elenita inmediatamente envió a Cecilio a su casa, quien al llegar preguntó por su esposa que había pasado. Arregló todo y regresó a la Montaña (Pilar R.M., sobrina de Cecilio).

PODER SOBRE LOS ANIMALES

Uno de los acontecimientos que más estremeció a los discípulos de Elenita en cuanto al poder que ella manifestaba fue la fiesta que celebró a perros y a gatos en el 1907. Este fue el único año en que Pedro Rivera Colón llegó a escuchar las prédicas de Elenita en tres ocasiones distintas y él estuvo presente en dicha fiesta. Ella había pedido a sus discípulos que trajesen los perros y los gatos que tuviesen en sus casas. Ese jueves según José Rodríguez Rodríguez, se llenó la Montaña de gente y de esos animales, tal vez uno de los momentos más concurridos durante la estadía de Elenita antes del 29 de septiembre de 1909.

Rosa Nieves, madre de María del Valle, contaba que para esta fiesta se usaron petacas para servir la comida y cucharitas recortadas de yagua. Según la testigo Eulogia Félix, Elenita visitó a sus niñas, incluyendo a Eulogia, de verde. Se sirvió la comida primero a los animales, que fue carne y arroz, y a la gente en segundo lugar, arroz con yautía. Cuando Elenita dio la orden, todos soltaron a los perros y gatos, teniendo el fuerte presentimiento que se iba a formar la pelea del siglo. Pero para asombro de todos, los perros comieron junto a los gatos sin pelearse (Dominga Martínez, testigo). Ese día la prédica giró sobre la caridad fraterna, sobre la vida de paz y de unión que debe imperar entre los hombres, y sobre el trato que se le debe dar a los animales domésticos.

En esta fiesta Elenita daba vivas a Puerto Rico, diciendo “Viva Puerto Rico” y se cantaban himnos (Saturnina Camacho, testigo). Después de haber comido, Elenita dio la orden a los animales para que regresaran solos a sus casas y así lo hicieron por sí mismos.

Cuenta Francisca Figueroa Cáceres que Victoriano Moyet tenía un perro que mataba los gatos, pero que desde que se llevó a la Montaña dejó de matarlos, y Victoriano creyó en Dios y en Elenita.

Sobre pájaros y coquies. Elenita acostumbraba predicar como a las seis de la tarde y para tener el mayor silencio posible mandaba callar a los coquies, los cuales obedecían inmediatamente (Rafaela González Lebrón, hija de testigos).

Otra hija de testigos, Pilar Rodríguez, relata cómo los pajaritos callaban al mandato de Elenita para empezar a predicar.

Aunque incluyo el siguiente relato en esta sección, soy consciente de que se trata de un evento sobrenatural. En una ocasión en que Hermenegildo Rivera estaba presente, éste observó que, mientras Elenita predicaba, una palomita blanca se posó sobre el hombro derecho de ella, y ella comenzó a acariciarla con su mano, pero, como por arte de magia, Hermenegildo vio cuando la paloma desapareció sin haber volado. Este hecho fue atestiguado también por Joaquín Crespo, Juan Camacho y otros testigos más.

PODER SOBRE EL DEMONIO

Fruto era hijo de José Idán y Lolita Ortiz. Quiso montar una hogura, intentándolo por tres veces, pero no pudo. Satanás se le apareció con los estigmas y le pidió que se fuese a su casa y le trajese unos sacos para echar el carbón. Así lo hizo y Fruto se sorprendió. Satanás le prometió que en un mes le enseñaría a leer y a escribir, que hiciese una capilla para predicarla a la gente. Algunos que subían a la Montaña fueron a oír esas prédicas. Elenita llamó a sus discípulos y les informó lo que realmente sucedía. Elenita, acompañada de sus discípulos, llegó a donde se encontraba Fruto y lo mandó a hacer siete confesiones con siete sacerdotes distintos para que Satanás no se lo llevase. Luego fue y conjuró la ermita, la que se levantó en fuego (Nemesio Crespo Silva; Guamercindo Vega Cintrón, testigo).

PODER SOBRE EL AGUA

José Rivas, de Jácana Piedra Blanca de Yabucoa, salió con Elenita para llevar a los no-casados a la iglesia de Yabucoa. Ramón, su papá, le había ofrecido a Elenita un paraguas, pero ésta le pidió que se lo diese a Pepe. Iban de camino, cuando cayó un aguacero grande. La gente observó que Elenita no se mojaba, que su hábito permanecía limpio y sin mancha de lodo (Carmen Rivas, hermana de José).

En otra ocasión Elenita predicaba en la Montaña, cuando se aproximaba un aguacero grande, lo que inquietó a los oyentes, y algunos comenzaron a levantarse para guarecerse, cuando Elenita dio la orden de que nadie se moviese. Unos estaban sentados, otros arrodillados. Ella siguió predicando, a pesar de la lluvia que caía, pero cuando terminó la prédica, fue grande el gozo que experimentaron al ver que estaban secos y limpios (Laureana del Valle Roldán, hija de testigos).

Juana Montañez Delgado se encontraba el día que Elenita fue a predicar en la casa de Lito Flores y Catana Contreras de Quebrada Honde en San Lorenzo. Después de terminada la misión, Elenita se fue con la gente, sin los niños (razón por la cual Juana no pudo ir también), a la iglesia de San Lorenzo. Al llegar a una cruzada del río, Elenita sonó a manera de un cuatrito, cantó el Padrenuestro, y quedó seco el lugar por donde tenía que pasar el río.

Después de haberse agotado el agua de un pozo en la cima de la Montaña, los discípulos tenían que ir lejos a buscar el agua que consumían, por lo cual imploraron a Elenita que intercediera a ver cómo se podía tener un manantial cerca. Ella envió a algunos al lugar donde se tiene el manantial cerca. Ella envió a algunos al lugar donde se tiene el manantial presente, pero después de haber tratado, no lo lograron. Subieron a donde ella a informarles que no lo habían logrado. Ella les dio ciertas órdenes sobre cómo hacerlo y, cumplidas, brotó agua de entre las piedras. Lo llamó “bálsamo” e hizo grandes augurios para que lo usasen con fe. Según algunos descendientes de discípulos, Elenita prometió que ese manantial nunca se secaría.

En un día de lluvia torrencial Elenita bajaba por Borinquen y le pidió a Gumercindo González Galarza que llevase a cierto lugar. El río estaba creciendo y no daba paso por la casa de los Polo. Ella mandó a Gumercindo (Meso) que se metiera y comenzó a cantar alabanzas a Papito Dios. El agua se detuvo por la parte de arriba, mientras ambos pasaron. Una vez en la orilla, el agua volvió a tapar el lugar de paso. Habían tres sectarios o protestantes observando y, al ver el prodigio, cayeron de rodillas (Raimundo González Negrón, nieto de Meso).

Francisca de Jesús Pomales contaba la vez que se calumnió a una de las niñas de Elenita, diciendo que no era virgen. Elenita mandó a preparar un aljibe y a buscar a la niña, a la cual vistió de novia. Llenó el aljibe de agua, metió a la niña dentro y lo tapó. Elenita entonces predicó sobre la calumnia. Al terminar la prédica, regresó con la gente al aljibe, sacó a la niña del mismo, y ésta estaba completamente seca, mostrándole de esa manera que la niña era virgen (Lucy Rivera de Jesús, hija de Francisca; Petra García González, hija de discípulos).

PODER SOBRE EL SOL

Cuando acompañaban a Elenita por primera vez para subir a la cima de la Montaña, los trabajadores le comunicaron que no tendrían tiempo para terminar su casita. El sol entonces se detuvo por dos horas hasta que la terminaron (María Eugenia Claudio Núñez, nieta de María Núñez, testigo).

PODER SOBRE BALAS

Un espiritista quería matar a Elenita y le disparó con un revólver, a lo cual ella, levantando un poco su escapulario, recogió las balas en su falda (Silvita Núñez, hija de María Núñez, testigo).

PODER SOBRE EDIFICIO DE IGLESIA

Una medianoche un gentío acompañaba a Elenita a la iglesia de San Lorenzo. El sacristán probablemente fue a avisar al sacerdote, P. Joaquín Saras, del gentío que había llegado, pero éste se excusó. Elenita se fue por el frente de la iglesia, puso sus manos sobre las puertas y al momento la gente ve cuando se abren de par en par, las luces se encienden solas, y la campana comenzó a tocar. El Padre Saras, avisado ahora por su sacristán de que la gente ya estaba adentro, vino presuroso y preguntó cómo había sido aquello posible. Elenita entonces le pidió si podía casar a los presentes y él la complació. Juana y Fela Núñez se casaron en esa ocasión (Silvita Núñez, sobrina de Juana). Revisando el Libro VII de Matrimonios, Juana y Angela contrajeron nupcias el viernes 24 de mayo de 1901 de entre 53 parejas. En esta ocasión fue que se casó por la Iglesia el muy conocido discípulo, Hermógenes Gómez González (de 32 años) con Lorenza Montes de Jesús (de 22 años).

PODER SOBRE EL AIRE

Elenita predicaba desde un balconcito y todo se oía en la Montaña, a pesar de su estatura y de su voz finita (Juana Martínez González, testigo).

PODER SOBRE E LIMÓN CHIVO

En la misma ocasión que Elenita multiplicó la comida en la casa de los esposos Lito Flores y Catana Contreras del Barrio Quebrada Honda de San Lorenzo, ella mandó a buscar un limón chivo al palo, pero Catana le dijo que no había. Vuestra Madre insistió que el palo tenía cuatro, que llamase a su hijo mayor, pues él sabía. Al llamar a su hijo éste dijo que el palo tenía cuatro limones. En el balcón de la casa Elenita los mandó a mondar, probó un gajito y dio el resto a los que estaban cerca. Estos se admiraron de lo dulce que eran. La gente sabía que a Elenita le gustaban los limones chivos y para complacerla los mandaban a buscar para ella (Juana Montañez Delgado, testigo).

Elenita envió a Jesús, alias “Fufú”, a buscar unos limones chivos y, al comerlos, Fufú los encontró como al almíbar. Luego Fufú mondó otro limón por su cuenta y se echó unos gajos en la boca, mientras lleno de alegría contaba a los demás la experiencia que había tenido con el que Elenita le había dado, pero también para sorpresa suya, el que había mondado le resultó completamente agrio (Petrona Rodríguez Flores).

PODER SOBRE EL FUEGO

Elenita mandó a talar como una cuerda del bosque que da a Patillas, a amontonar todo lo cortado en una balsera, y a pegarle fuego. Ninguno pudo pegarle fuego y ella les reprendió de ser gente de poca fe y ella misma le pegó fuego a todo. Les mandó limpiar otra parte del terreno para que hicieran lo mismo, pero tampoco pudieron. Entonces Elenita misma le pegó fuego a todo. Y tomando

una vara, hizo una entrada por entre el fuego y se metió dentro de la balseira encendida, lo cual asustó a no pocos de los presentes. La hoguera se hizo inmediatamente cenizas y Elenita apareció en el centro bien resplandeciente. Luego les predicó sobre el fuego del Purgatorio y del Infierno: el de la Tierra era agua comparado con el del Purgatorio, y el del Purgatorio era agua comparado con el del Infierno (Adolfo Ruiz Medina y Gervasia Tirado del Valle, testigos).

PODER SOBRE LA SIEMBRA

Elenita envió a Modesto Lebrón a traerle unas batatas de la casa de los esposos Vicente Vargas y María de los Santos Martínez Arroyo, residentes en el Barrio Quebradillas de Yabucoa. Al comunicarles la encomienda que le dio Elenita, Vicente dio inmediatamente su negativa, pues estaba seguro que no tenía batatas en su finca. Su esposa María le recordó que él había sembrado batatas, pero Vicente le dijo que no hacía ni dos meses que lo había hecho. Con todo María insistió que fueran a ver, y para sorpresa de todos, los vejucos estaban cargados de batatas ya listas para recoger. Así lo que fue imposible para unos vejucos de batatas era muy seguro para el mandato de Elenita. Llenaron medio saco y se las enviaron con Modesto (María Luisa, hija de Vicente).

PODER SOBRE EL CUERPO

Amelia Cruz Maurás, al igual que otros testigos que conocieron a Elenita, observaba que con cierta frecuencia Elenita caminaba despegada del suelo y no caminaba como caminan los mortales.

Ana Rodríguez López y María del Carmen eran discípulas asiduas de Elenita y frecuentaban sus predicaciones. En una ocasión tuvieron un encuentro, siendo el plato favorito de la persona y la obra de Vuestra Madre. Sacando cuentas sobre dónde se encontraba cada una un día determinado y a una hora determinada, al haberse contado la experiencia que tuvieron ese día particular, no pudieron evitar el asombro al constatar que el mismo día y a la misma hora Ana se encontraba escuchando a Elenita en la Santa Peña de la Montaña y María del Carmen, en el Barrio Guayabota de Yabucoa. Este hecho es el que nos lleva a no descartar la versión sobre la entrada de Elenita por Patillas, y a entender la afirmación de que en la Santa Peña se llevaron a cabo las primeras misiones como un hecho cierto para los discípulos envueltos.

PODER SOBRE LA MATERIA

Andalecio Rivera, un masón, fue a escuchar la predicación de Elenita. Fue grande el impacto que recibió al darse cuenta que, una vez arrodillado, no se podía poner de pie, aunque él así lo quería y trataba de levantarse. Y más todavía quedó impresionado cuando sólo pudo levantarse al mandato que recibió de Elenita (Pedro Vega Suárez, amigo de Andalecio; nacido en 1912).

José Rivera Pagán, junto con Maximino Lebrón y Pedro Latayada, decidió ir a la Montaña a caballo desde el Barrio Jacoaba de Patillas con la idea de hacer una de las suyas. Al llegar a una lomita los caballos se pasaron en sus patas traseras y no podían continuar adelante. Así, tuvieron que llegar a pie a la Montaña, aunque ya estaban muy cerca del portón oriental de entrada. Al comenzar la prédica, se arrodillaron, pero cuando quisieron levantarse o sentarse, notaron que estaba fuera de su alcance y de su esfuerzo el lograrlo. La prédica duró tres horas y, al terminar ésta, Elenita los llamó por sus nombres. Entonces sí que pudieron levantarse. Fueron donde Elenita, quien los aconsejó y los mandó para sus casas, y ellos se arrepintieron (Ignacio Rivera Santiago, nacido en 1903, hijo de José).

Pablo Burgos, de Yabucoa, amoló un sable para ir a matar a Elenita. Esta estaba de pie en la puerta de la casa de Carmela. Ya cuando Pablo estaba cerca, Elenita le hizo la Señal de la Cruz y Pablo quedó atollado en el camino, estando completamente duro el barro del mismo (Juana Montañez Delgado, discípula).

PODER DE CONCEDER FAVORES PRODIGIOSOS

Juan Díaz Belloni, de Guayama, tenía un hijo con ataque de apendicitis, lo que lo mantenía sin apetito y prometió que, si su hijo sanaba, iría a besar los pies de la Madre Redentora. En el momento el niño se levantó, pidió leche, se la tomó y desapareció el dolor que tenía. Justina Belloni fue a cumplir la promesa hecha al Barrio Guamaní de Guayama, donde se encontraba Elenita, quien ese día se encontraba en encierro, esto es, no se dejaba ver de nadie. Al llegar al portón no la dejaban pasar, pero se puso tan violenta, que optaron por complacerla. Cuando Justina iba hacia la choza de Elenita, ésta se le apareció en el camino y le pidió que besase, no sus pies, sino los pies de su Cristo Crucificado, el cual se lo acercó para que lo hiciera. Besado el Crucifijo, Elenita le dijo que cuando necesitase algo de ella, se lo pidiese con confianza y la envió a su casa a cumplir con sus obligaciones (Obdulia Velázquez, amiga de Justina, nacida en septiembre de 1901).

En una predicación del 1907 en que Pedro Rivera Colón se encontraba presente, llamó Elenita a uno que acababa de llegar, indicando el lugar preciso donde se había sentado y pidió que se lo trajese. Ya frente a ella, Elenita le dijo que él había estado en una colonia de caña y luego en una de café; le contó sobre el capital que llegó a tener como mayordomo y le mandó a arrojarse el pantalón. Le preguntó de qué le había valido el capital que sacó, pues hasta ahora ningún médico le había podido curar. Le dio un unguento y algodón y lo mandó a pasárselo por la llaga. Le brotó una cabeza de gusano y le preguntó si sabía qué era aquello. Al no saber, le dijo que ese gusano se había comido su capital, el pan que le había robado a los pobres. Le mandó pasarse el unguento una vez más y quedó curado. Al mandarlo a su casa le enseñó que el pan de los pobres es sagrado y no se les debe quitar.

El Hermano Cheo Francisco Núñez estaba mal de la rodilla y apenas podía arrodillarse sin sufrir gran dolor. En una ocasión que visitó a Elenita, ésta le dio la orden de ponerse de pie, pues ya no tenía nada en la rodilla. Así lo hizo y vio que estaba curado del todo (María Núñez, testigo ocular).

En un ocasión que Elenita predicaba, ella informó a los oyentes que un barco se había encallado y la aclamaban, y a manera de palomita, desapareció de delante de la gente. De entre los presente hubo algunos que cayeron sentados en el piso. Al regresar les preguntó si la había echado de menos, pero para que supiesen quién había sido la que intervino, les sugirió que lo comprobasen yendo a la iglesia de San Lorenzo y pasasen por las imágenes de los Santos: La que vieran con arena en su manto, ésa había sido quien asistió a los naufragos. Uno que estaba presente le entró la curiosidad y fue a la iglesia de San Lorenzo, constatado que una imagen de la Virgen tenía arena en el manto (Silvita Núñez, hija de discípulos).

La multiplicación de la comida. Juanita Martínez González fue testigo ocular el día en que más de 200 personas comieron de sólo dos piñas de manos de Elenita. Esta tenía de 300 a 400 personas en su cuadro.

Estando en casa de Vicente Rosario, Elenita mandó a buscar a Angela del Valle Crespo para que cocinase para unos trabajadores y le dio una libra de arroz. Angela se quedó lela mirando la libra de arroz y Elenita le pidió que se la devolviese, por la duda que se le había suscitado. Fue ella misma y la echó al “federico” o caldero grande, le hizo la Señal de la Cruz y lo tapó. Al rato se salía al arroz del “federico” y sobró hasta para los animales (Bernardo, hermano de Angela).

Una vez había un gran gentío en la Montaña y José (Leolio) González, Hermógenes Gómez y Vicente Rosario le comunicaron a Elenita que más de la mitad se había quedado sin comida. Ella los mandó a tapar los carderos y a regresar. Luego los envió a la cocina para que sirviesen a los que se habían quedado sin comida; ellos vieron los calderos llenos de comida (Alejandro Claudio Lebrón, discípulo amigo de Leolio).

La desaparición de los hormigueros. Subía una romería desde Arroyo para visitar a Elenita en la Montaña. Al pasar por Miraflores Patillas había muchos hormigueros, lo que desesperó a los peregrinos. Al llegar a la Montaña, Elenita les dijo lo que les había pasado, pero que al regreso no los

encontraría, y así fue (Agustín Ramos Flores, testigo ocular en la romería).

La música de los Santos Reyes. Por el tiempo de la Natividad del Señor Elenita gustaba de cantar aguinaldos y de escucharlos. Le preguntó a los presentes si querían oír a los Tres Reyes dando la música, a lo cual respondieron con alegría e interés. Elenita envió a Leolio y a otros a que se cerciorase a ver si había alguien en una casa que estaba a poca distancia. Después de haber visto que no había nadie, Elenita mandó a cerrar la casa y llamó a los Tres Reyes y les pidió que tocasen para todos los presentes. Tremenda música se oía dentro de la casa vacía (Alejandro Claudio , testigo ocular).

La niña llamada María. Rosa Nieves González estaba encinta y en estado avanzado, cuando Elenita la mandó a buscar a su casa en Morena Arriba del Barrio Espino. Rosa tenía una plena confianza en Elenita y se fue a ver para qué la quería. Una vez instruida, Elenita la envió otra vez para su casa, diciéndole que no se apurara, que no le pasaría nada. El día en que Rosa dio a luz, su esposo Abdón del Valle se encontraba trabajando en la Montaña, quien le había dado las gracias a Elenita por el canastillo que le había regalado a Rosa. Elenita lo llamó y le comunicó que su esposa acabada de dar a luz una niña, que se fuese inmediatamente y le pusiese por nombre María. Cuando Abdón dijo a su familia que se llamaría María, le preguntaron que de dónde había sacado ese nombre y él respondió que se lo había dado Vuestra Madre (María, hija de Rosa, nacida en 1903, la que estaba en el vientre de Rosa al visitar a Elenita).

La pieza de madera que se estiró. Maximino González y Fidel Ruiz, hermano de Cándida, esposa de Maximino, construían una capillita para Elenita, quien estaba en encierro. Una de las piezas no daba y Fidel tuvo que ir a consultar a Elenita. Esta le dijo a Fidel que montarse la pieza, que ésta daría. Y al montar otra vez la pieza, ésta cayó como anilla al dedo (Anastacio González Ruiz, hijo de Maximino).

PODER DE DESAPARECER AL INSTANTE

Elenita desaparecía de delante de la gente como por arte de magia. Posiblemente este prodigio llevó a algunos, que tal vez sólo oían sobre ella y que carecerían de otros criterios, a creer que Elenita era realmente una bruja.

El Padre Urbano Llamas, de Guayama, quiso hablar con Elenita y ésta fue a visitarlo. Mucha gente la acompañó, pues deseaban conocer la opinión de un sacerdote sobre Elenita. Al llegar al templo, Elenita entró por la sacristía y se sentó en un silla allí disponible. El Padre Llamas entró también por la sacristía, pero no la vio sentada allí y la buscó por dentro de la iglesia, sin dar con su rastro. Salió y preguntó a la gente que dónde se encontraba la Misionera, a lo que se señalaron que estaba sentada en la sacristía. Al entrar otra vez la encontró. Conversó con ella y salió al atrio bien emocionado, diciéndoles que creyeran en la Misionera, pues ella no era de ese mundo (Justina Belloni, testigo ocular).

Gervasia Tirado del Valle fue testigo ocular la vez que estaba Elenita enseñándoles cuando hizo un trueno y un relámpago al frente de ellos y ella desapareció. Luego al rato volvió otra vez a tronar e hizo otro relámpago y Elenita apareció otra vez al frente de ellos.

Gumercindo Vega Cintrón estaba sentado en el suelo, escuchando una prédica de Elenita en el Barrio Borinquen de Jagual, cuando delante de ella se formó una lucecita y Elenita desapareció de delante de ellos. Luego ella regresó y levantaba a los que se habían como desmayado, imponiéndoles su Crucifijo. Ellas le pedían que no contasen mal lo que veían para evitar los comentarios falsos sobre ellas (Victor Contreras Oquendo).

Amelia Cruz Maurás, una jovencita entonces, se echaba a llorar cuando Elenita desaparecía de la tribuna desde donde predicaba, pero su mamá Mariana Maurás Alvarez la aquietaba diciéndole que no se apurara, que Elenita regresaba en seguida. A veces decía que iba a hacer un milagro o que Papito Dios la llamaba.

Manuela Velázquez Cruz, testigo ocular, cuenta que Elenita les dijo a los presente que si ellos

querían, ella desaparecería al momento con tal que creyesen, y a así lo hizo. Hubo personas que se volvieron como con ataques. Nadie al parecer se dio cuenta cuando Elenita regresó; si se le vio cuando los volvía en sí imponiéndoles el Crucifijo. Muy posiblemente esta es la misma ocasión en que Tiburcio Rosario Galarza estuvo presente, pues nos contaba exactamente lo mismo sobre unos peregrinos de Patillas (de donde era Manuela), de Guayama y de Dureño. Así también lo contaba Julia González Pedraza a su hija Lucía Félix González (nacida en 1908), de Quebradillas, Yabucoa.

Felipe Ríos contaba a sus hijos la ocasión en que Elenita iba a caballo para Caguas desde Borinquen, acompañada por otros discípulos, además de él. Elenita les había anticipado de que habían unos sectarios que la velaban en cierto lugar, pero que se mantuviesen tranquilos. Al pesar por el frente de los sectarios, los acompañantes se quedaron como embobados al ver que Elenita no iba sobre el caballo, pero después de haber pasado por el lugar, Elenita estaba otra vez sobre el caballo. Saturnino Núñez Rosario se encontraba en esa ocasión y así se lo contó a su hijo Heriberto Núñez Rodríguez.

Una noche la entonces niña de Vuestra Madre, Eulogia Félix Sánchez, se encontraba sola con Elenita cuando esta desapareció de enfrente de aquella y Eulogia se echó a llorar. A Eulogia le pareció como una media hora cuando Elenita se apareció otra vez a su lado y le preguntó por qué lloraba. Eulogia le contestó que por haberla dejado sola. Elenita le dijo que estaba en una fiesta con su Papito.

PODER DE CONVERTIRSE EN PALOMA

Jamás en la historia de la humanidad se había oído decir que un mero Santo se convirtiese en paloma. Sólo se conoce la materialización en forma de paloma de la Tercera Persona del Dios Uno y Trino en el momento del Bautismo del Hijo de Dios Encarnado en el Jordán. Sólo en ciertas apariciones de la Santísima Virgen María se ha oído de ese prodigio. Igualmente sucede con el aparecerse y desaparecerse como un rayo de luz o un relampaguito. Estos dos prodigios deben tomarse seriamente en cuenta en la evaluación de cualquier información mal compilada por defecto de los testigos, lo cual no se puede descartar en todo elemento humano.

Predicada Elenita desde un tribuna sobre el Credo, cuando uno dijo que si ella era Santa, debería hacer un milagro para que creyesen. Salió de la tarima volando como una paloma en ese momento. Hubo personas presentes que se volvieron como histéricas, otros temblaron. Elenita regresó a pie por el camino y los levantaba, imponiendo su Crucifijo. Volvió a la tarima y reprendió la falta de fe al tratar de conocer a la llamada Misionera por medio de milagros y les dijo que Dios le había dado el poder de hacer tales milagros que ellos mimos no resistirían.

Trina Fonseca Flores tenía una hermana que estaba casada a lo civil, cuyo esposo no quería llevarla a las misiones de Elenita. Un día decidió llevarla debido a la insistencia de la mujer. Como al mediodía Elenita les decía que allí había personas que para poder creer pedían milagros de ella; que ella se lo pediría a su Papito Dios. De pronto se volvió una palomita y se posó en el tirante del rancho. A los pocos minutos volvió una palomita y se posó en el tirante del rancho. A los pocos minutos volvió a la tribunita y convertida otra vez en Vuestra Madre, siguió la prédica.

En otra ocasión Elenita predicaba en el rancho grande de Valentín Rodríguez, cuando llegó un hombre a caballo que venía para matarla con un revólver. Elenita le echó una bendición y el hombre se volvió como loco al tonarse ella en una palomita y desaparecer. Se llevaron al hombre al soberao de la casa de Valentín y lo aquietaron. Al rato salió Elenita de su casita y siguió predicando. Después de la prédica el hombre se fue para su casa ya sano (Bernardo del Valle, testigo ocular).

CAPÍTULO VI

La enseñanza de Elenita

UNA APRECIACIÓN GENERAL

Medino Torres Dorval hizo una apreciación general de lo que enseñó Elenita durante los diez años que estuvo en el sudeste de Puerto Rico: Mucho fueron atraídos a la Iglesia Católica, bautizándose, confesándose y casándose y aprendiendo todo lo concerniente a la Fe Católica. Elenita se movía de un campo a otros, dando sus misiones orientadoras. Les enseñó a respetar a Dios, a confesar y a comulgar, a rezar, particularmente a rezar el Santo Rosario; les enseñó el Catecismo en general.

Sus prédicas, añaden Juana Montañez Delgado y Juan Lebrón Beltrán, testigos, en las que les comunicaba profecías y hacía milagros, convertían a la gente de tal forma que, cuando Vuestra Madre decía algo, era como si Dios mismo lo hubiese dicho. Nadie se atrevía a jugar con lo que ella decía.

SOBRE LA ORACIÓN

Elenita enseñó a Primitiva Vázquez a ofrecer sus hijos a Papito Dios (Marcelino Laboy V., hijo de Primitiva).

Les inculcaba que cuando fuesen a la iglesia, se fijasen bien en el Crucificado y en la Virgen, y luego, cuando se pusieran a orar en sus casas, trajesen a su imaginación cómo los habían visto y con Ellos así en su recuerdo, orasen (Juana Montañez Delgado, testigo).

Les exhortó a que cuando estuviesen cansados, no dejasen de orar debido al cansancio físico, que orasen en cualquier posición, hasta recostados en la hamaca (Fermín Navarro Montañez, testigo).

A sus niñas les aconsejaba que rezaran el libro de la Virgen cuando estuviesen en la escuela (Lucía Galarza del Valle, una de sus niñas).

Enseño a sus discípulos que cuando fueran a la iglesia, primero visitasen y rezasen a Papito Dios, y luego a la Virgen y a los Santos. Enseñó a rezar el Santo Rosario e insistía en que se rezasen las Tres Coronas: por la mañana, al mediodía y por la noche (Agustín Ramos Flores y Rosalía Flores Orellano, testigo).

SOBRE EL AMOR MUTUO

Elenita tenía un gran interés de que lo que la seguían no pecasen: Que se amasen unos a otros como hermanos, que se atendiesen unos a otros; que en la familia comiesen juntos y se mantuviesen unidos (Atanasia Nieves, hija de discípulos).

Elenita misma daba ejemplos de cómo amar a los necesitados: Regaló unas telas a Josefa García para que hiciese unos trajes para sus hijas (Bernardo del Valle Nieves, testigo ocular, yerno de Josefa). María la Paz tenía un máquina de coser y Elenita le daba los lienzos que le traían para que cosiese ropa para los necesitados. María echaba lo que cosía en un baúl de Elenita. Cuando se llenaba el baúl, Elenita daba una misión y distribuía lo cosido entre los necesitados, los que ella conocía sin haberlos visto antes. Algunas veces la limosna que le traían la utilizaba para comprar dichos lienzos (Santurnina Camacho, testigo, vecina de María la Paz).

Toribio González vivía en el cerro del Barrio Anón de Caguas. Elenita mandó a Gregorio a traerle a Toribio a la Montaña y le regaló a éste alimentos y telas, además de enviarle a la esposa de Toribio unas cotitas y zagalejas que había preparado su costurera María Fonseca. Al otro día la esposa de Toribio dio a luz (Daniel Figueroa, testigo, cuñado de Toribio).

Rosa Nieves fue a buscar a su vecina Francisca Rosario para ir a ver a Elenita a la Montaña. Rosa llevaba diez centavos, mientras que Francisca, sólo dos. Cuando se le entregaba limosna a Elenita, acostumbraba arrodillarse delante de ella, besarle el Crucifijo, y echarle la limosna en un cestillo que Elenita tenía al lado del silloncito en que se sentaba. Rosa hizo primero su ofrecimiento y Pancha después. Elenita le dio todo el dinero recibido a Pancha y Rosa pensó en su interior que Nuestra Madre no la quería a ella. Elenita se dirigió a Rosa, diciéndole que ella la quería también, pero

que Pancha tenía necesidad de ese dinero. Y les aconsejó que cuando le fueran a traer algo y pasaran por la casa de un necesitado, que se lo diesen a ese pobre, que ella lo recibía en la Montaña (María del Valle Nieves, hija de Rosa).

Se acostumbraba cosechar el arroz y el maíz para los meses de agosto y septiembre. Esteban Rosario, su hijo Valentín, y Rufino Ruiz no había podido recoger sus cosechas. Elenita mandó a Candelario Núñez a que trajese varios trabajadores de Río Abajo y otros más de otro lugar (no recordado por el relator) para que recogiesen las talas de los mencionados (Cipriano Rosario Ruiz, nieto de Rufino).

SOBRE FIESTAS LITÚRGICAS

Cuando se celebraban las grandes fiestas litúrgicas de la Iglesia y las de la Virgen, hubo ocasiones en que Elenita se excusaba ante su cuadro y les decía que tenía que irse al Cielo para dicha fiesta (varios testigos).

Elenita no acostumbró a predicar durante los domingos ni en las grandes fiestas de la Iglesia, inculcándose a sus discípulos a nunca faltar a la Misa en esas ocasiones (Juan Camacho Díaz, testigo).

SOBRE OTROS SACRAMENTOS

Cipriano Rosario Ruiz, quien llegó a ver a Elenita por tres ocasiones cuando era muy niño, nos informó que antes de la década del 1903 los que iban a casarse tenían que aprenderse de memoria ciertas oraciones y los misterios, e ir luego al sacerdote a decírselos para poder casarse.

Elenita, por medio de sus prédicas largas, preparaba a la gente que necesitaba bautizarse, casarse, hacer la Primera Comunión. Una vez se casaron cerca de 32 parejas de 4:00 a 11:00 a.m., terminando con la Misa. Los sacerdotes complacían a Elenita en sus peticiones y no se oponían a sus predicaciones (Medino Torres y Genara Rosario Galarza, testigo).

En una ocasión Elenita predicó por la noche del sábado y, terminada la prédica, llevó la gente a San Lorenzo para casarse y oír Misa en domingo (Bernardo del Valle Nieves, testigo ocular).

Locario Lebrón tenía cuatro mujeres y con todas convivía. Elenita lo mandó casarse con una y a separarse de las otras, lo que Locario hizo (Alejandro Claudio L., hijo de Locario).

SOBRE LOS FALSOS PROFETAS

Contaba Juan Camacho, que en una ocasión el sacerdote de Guayama vino, lleno de lodo, a visitar a Elenita a la Montaña. Ya oscurecía y Elenita lo mandó a entrar en una casita de huéspedes que ella tenía para visitas de cumplido como éstas. Los dos dialogaron por un buen rato. El sacerdote estaba preocupado porque él sabía que en los últimos tiempos saldrían falsos profetas a predicar errores de la Religión. Elenita le aseguró que ella sólo predicaba sobre la Religión Católica, Apostólica y Romano (Saturnina Camacho, testigo, hija de Juan).

Elenita advirtió a sus oyentes que saldrían falsos profetas para conquistar a los católicos (Fermín Navarro).

Elenita mandó a sus discípulos a poner una Cruz al frente de sus casas y una chapa del Sagrado Corazón de Jesús en la puerta de entrada de sus casas (Manuela Velázquez, testigo).

Elenita exhortaba que cuando viviesen los engañadores de la Religión a sus casa, que dijese, “Jesús, María y José...”, o “Ave María Purísima...”. Les insistía que no cambiasen de Religión por más cariño y comprensión que les mostrasen (Cristiana Sosa Reyes, testigo).

SOBRE EL TRABAJO MANUAL EN DOMINGO

En una misión que dio Elenita en Piedra Blanca de Yabucoa, Elenita reprendió a una viuda que trabajaba innecesariamente los domingos lavando ropa y le dijo que lo que hacía en domingo se le iba como la espuma abajo (Carmen Rivas, testigo).

SOBRE LA CORRECCIÓN FRATERNA

Elenita tenía una varita con la que tocaba a las personas que necesitase cierto tipo de corrección. Juana Rodríguez Flores vio cuando Elenita la puso sobre el hombro de uno de sus discípulos, mientras le decía que se entregase a Papito Dios. Aunque Teléforo Rodríguez nunca vio a Elenita flecar a nadie, Manuela Velázquez vio cuando Elenita le dio con la varita a la hermana de Julia García Cruz, María, por una desobediencia que cometió.

En una ocasión Elenita llamó a Andrés Crespo González y a Daniel Figueroa Ruiz y los mandó a arrodillarse. Elenita le dio con su varita a Andrés, por lo cual Daniel se orinó en los calzones. Elenita mandó a Daniel a irse, pues sólo quería que fuese testigo de la desobediencia de Andrés. Daniel salió corriendo de la casita de Vuestra Madre. Elenita decía que sólo le daba con la varita a los que le mandaba Papito Dios (Daniel Figueroa).

Sería la tercer vez que Agustín visitaba la Montaña para escuchar las prédicas de la Virgen, como acostumbró Agustín hablar de Elenita aun delante del Sr. Obispo Monseñor Hernández, quien fue personalmente a escuchar el testimonio de Agustín. En esa ocasión Vuestra Madre explicó que un padre no debe dormir con su hija, ni un hermano con su hermana en la misma cama. Agustín acostumbraba dormir con su hermana en la misma cama. Cuando la romería pasaba de regreso por Miraflores de Patillas hacía Arroyo, Agustín llamó a su hermana y le dijo que desde ese día en adelante, él no volvería a dormir junto a ella debido a la advertencia que dio la Virgen, él iba a dormir en un banco. No tardó en saberse que un padre del barrio de Agustín había deshonrado a su propia hija (Agustín Ramos).

SOBRE LA ALEGRÍA

Elenita inculcaba la alegría en sus discípulos, a la vez que les exigía honestidad en su proceder. Trina Fonseca recordaba que a Elenita le gustaba cantar y que se cantasen himnos religiosos. De manera muy particular le gustaba la música jíbara religiosa, en especial los aguinaldos (Medino Torres). Cuando visitó la casa de Ramón Rivas en Piedra Blanca de Yabucoa, Elenita cantaba en su cuarto y le decía a Carmen que en el Cielo se cantaba (Carmen Rivas).

SOBRE LA HONESTIDAD DE COSTUMBRES

Una noche Elenita envió a Alberto Rosario a la casa de Hermógenes Gómez y Lorenza Montes, vecinos de Quebrada Lajas de Espino de San Lorenzo, para que le trajese a su niña Francisca. Lorenza levantó a Pancha a esa hora y la mando con Alberto. Por el camino Alberto venía inquieto, pensando que, si iba muy cerca o muy lejos de Pancha, Elenita lo regañaría. Con esta preocupación Alberto iba al frente, mirando de vez en cuando a Pancha y velando que mantuviese la distancia apropiada, Debido a ese mirar para detrás, Alberto resbalaba con frecuencia y como un rayo se levantaba y seguía su camino, guardando la distancia correcta. Cuando llegaron al portón oriental, ya les esperaban allí las otras niñas compañeras de Pancha. Elenita llamó a Alberto, le dio las gracias y lo envió al ranchón de hombre (Gervasia Tirado, amiga de Alberto y Pancha). Elenita trataba a todos parejo “como si fuesen sus hijos” (Pedro Navarro, testigo)

SOBRE ESCRIBIR Y LEER

Son varios los testigos conocidas que no sabían de letras cuando vino Elenita a la Montaña y

nos afirmaron que Elenita les enseñó a leer y a escribir, además de las operaciones básicas de Aritmética (Bernardo del Valle Nieves, testigo).

UNA FORMA DE APRENDER

Tres discípulos distintos, Manuela Velázquez y Julia García, ambas de Patillas y Sandalia Rosario de San Lorenzo, recitaron las Doce Palabras (de San Juan Redoblado, decía Julia). Como podrá observarse, las versiones de las primas hermanas de Patillas concuerdas más entre sí que la de Sandalia.

CAPÍTULO VII

Profecías de Elenita

SOBRE LA MONTAÑA

1. Cuando los que subieran a la Montaña no le echasen aceite a la lámpara (una que dejó bastante abajo de uno de los portones), la Montaña se oscurecería.
2. Su obra se olvidaría, pero los pequeños la comenzarían otra vez y los grandes la terminarían con mucha esplendor.

La Montaña tendría una caída, pero se levantaría con más fuerzas. Al faltar ella volvería la oscuridad, pero con el tiempo la gente subiría como hormigas. Cuando ella se fuera, la Montaña tendría una caída, pero de momento florecería como rosas. La Montaña volvería a resplandecer con un Santo en la Santa Peña.

3. Cuando ella se retirase, vendrían unos hombres que continuarían sus misiones.
4. Una carretera pasaría por la Montaña.
5. Los que se encontrasen turbados, que subieran a la Montaña, la que sería salvación para muchos.
6. El agua escasearía, pero el Manantial de la Montaña siempre tendría su bálsamo. Cuando el agua faltase en otros lugares, en la Montaña no faltaría.
7. La Montaña se convertiría en una aldea y vendría de todas partes; se formaría el Pueblito de la Aurora.
8. Muchos peregrinos subirían dentro de 70 a 80 años.
9. Si Puerto Rico se hundiese, la Montaña no se hundirá.
10. La Montaña quedaría frente a Jerusalén, donde su Papito Dios derramó Su Sangre.
11. A los fines de los tiempos la Montaña estará vestida de azul y luego tratarán de llegar a ella y no podrán.
12. Al final de los tiempo los cuervos volverían a la Montaña.
13. La Montaña será el lugar donde se juzguen vivos y muertos.

SOBRE LA JERARQUÍA DE PUERTO RICO

14. Cuando Abdón del Valle llevó una carta de Elenita al Sr. Obispo de Puerto Rico, éste respondió negativamente y Elenita dijo que vería al Obispo y a sacerdotes subir a la Montaña sin haber sido llamados; que los que la escuchaban no lo verían.
15. Los sacerdotes no creerían en ella, pero ella los esperaría en la Montaña.
16. Cuando el Obispo subiese a la Montaña, ya se estará en los fines de los tiempos, o quedaría poco para el Juicio Final, o el mundo tendría poco tiempo.
17. Los sacerdotes dormirán en la Montaña.

18. En los últimos tiempos el Papa vendría a la Montaña.

SOBRE ELENITA MISMA

19. El día que ella se fuese, se aparecería en una paloma blanca en la Montaña y en las casas en que estuviesen los suyos.
20. Ella haría un viaje y hasta los tres días no la enterrarían.
21. Ella se llevaría a los suyos.
22. Ella estaría siempre en la Montaña: Unos la verán, otros, no, pero la sentirán.
23. A los fines del mundo, ella volvería a la Montaña.
24. La Virgen de la Aurora vendría a la Montaña.

SOBRE EL PUEBLITO DE LA AURORA

25. En la Montaña se formaría el Pueblito de la Aurora.
26. El Pueblo de la Aurora se tendría en unos 80 años más.
27. Con el Pueblo de la Aurora el Día Grande estaría a la distancia que hay de la nariz a la boca.

SOBRE LA RELIGIÓN EN PUERTO RICO

28. Los sacerdotes serán pocos.
29. Las iglesias se cerrarían, pero que se hiciera oración desde la puerta de las mismas.
30. Vendrían falsos profetas que querrían conquistar la Religión Católica.
31. Vendrían tiempos en que se debería conseguir las Tres Divinas Personas para ponerlas en las entradas de las casas.
32. En los últimos tiempos vendría un retrato suyo a la Montaña: Su regreso estará entonces cerca.

SOBRE EL GOBIERNO DE PUERTO RICO

33. Vendría un gobierno muy bueno, pero los demás no serían así.
34. Las mujeres votarían.
35. Se levantaría un partido que daría trabajo tumbarlo.
36. Se levantaría un partido que corrompería a Puerto Rico.
37. Que Puerto Rico tendría el Comunismo por 48 horas y sufrirían.

SOBRE EL PUEBLO DE PUERTO RICO

38. El campo sería pueblo y el pueblo, campo. Lo que era abrojo sería descubierto y lo descubierto, abrojo.
39. Se verían fincas frondosas sin frutos.
40. Nadie querría poner las manos en la tierra.
41. Las mujeres quitarán puestos a los hombres.
42. Puerto Rico se convertirá en ramas de carreteras.
43. Habría negocios unos encima de otros.
44. Habría comida de más.
45. El dinero vendría a las casas; que lo bendijesen y lo usasen.
46. Vendría un tiempo en que no habría en que emplear el dinero.

47. Los hombres huirían de las mujeres.
48. Mientras más luz haya, más oscuridad se tendría.
49. Los valles de Puerto Rico, pastos de los peces serán.
50. Las aguas del mar inundarían a Yabucoa.
51. Arroyo y Guayama se quemarían.
52. Los hombres caminarán por los aires.
53. Los hombres andarían en carreteras sin bueyes, o en caballos sin cabeza.
54. Cuando la gente se hablase sin verse, el Juicio estaría cerca.
55. La ropa se sobraría.
56. Los hospitales estarían tan llenos que por medicinas darían veneno.
57. Habrá casas de hierro.

SOBRE EL MUNDO

58. El Siglo XX sería el siglo de la luz.
59. No habría mucho respeto.
60. No habría padres para hijos, ni hijos para padres.
61. Habría una guerra en que alzarían a los niños y los esperarían con bayonetas.
62. Los padres matarían a sus hijos.
63. La familia no se conocería.
64. Las mujeres andarán detrás de los hombres.
65. Las mujeres usarán la moda de vestir de los hombres.
66. Los mujeres andarían desnudas.
67. Los hombres morirían como si fuesen animales.
68. Dichosos los que tuviesen capacidad para los años del 60 (uno que otro dice 80), pues estarían sin mente los que viviesen luego.
69. Los gobiernos no se entenderían.
70. Habrían una guerra universal.
71. Ella se aparecería a fines del mundo y aún así los sacerdotes no creerían.
72. El último paso del mundo: El comunismo gobernando países.
73. Cuando vieses que la gente se mueve como hormigas y no se encuentras bien en ningún sitio, que estuviesen preparados, pues la llegada de Cristo estaría cerca.
74. Cuando el mar rugiese tres veces y aparezca una Cruz, el fin de los últimos tiempos. La última señal cuando se vaya a acabar el mundo sería una Cruz en el cielo.
75. Tres días antes del Juicio se negará el agua; se oirá, pero no se verá.
76. Domingo y Nochebuena serían el fin de los tiempos; que se estuviese en oración.

CAPITULO VII

Algunas costumbres de Elenita

De entre las costumbres de Elenita hemos podido compilar unas pocas, además de las que se mencionan a través de todo el relato de sus persona y su obra:

1. Al comenzar una misión besaba la tierra y se arrodillaba. La empezaba con un “bolillo” que llevaba.
2. Predicaba con frecuencia de cuatro a seis horas corridas, intercalando la Palabra con los Milagros. En Piedra Blanca de Yabucoa comenzaba a las 6:00 p.m. En Morena de Espino de San Lorenzo llegó a comenzar a las doce del mediodía, además de hacerlo

- también a las seis de la tarde. Se sabe que en ocasiones comenzaba a la medianoche.
3. Llevaba a recibir los Sacramentos después de haber evangelizado a los oyentes que los necesitaba; otras veces, los enviaba solos a la iglesia. Carmen Rivas se admiraba de que los sacerdotes casasen a los candidatos que Elenita preparaba.
 4. En los lugares donde predicaba mandaba a poner catorce Cruces y se cantaba el “Santo Dios” y “La Pureza”. Al terminar la misión solía anunciar la fecha de la próxima.
 5. Acostumbraba dar las misiones los miércoles o los viernes, y en algunas ocasiones, los sábados, una o dos veces al mes. Al parecer esta frecuencia no fue continua durante los diez años de su estadía, variaba según las necesidades.
 6. Cuando terminaba de predicar, se sentaba y los presentes, uno a uno, se arrodillaban frente a ella y ésta les daba besar su Crucifijo, diciendo: “Para bien y salvación de vuestras almas”. Este era el momento en que ordinariamente le entregaban a ella las limosnas, lo que distribuía a los necesitados o lo usaba para pagar los estipendios a los sacerdotes por la administración de los Sacramentos.
 7. Cantaba himnos y le gustaba que se cantasen. Tenía un aprecio muy grande por los aguinaldos puertorriqueños.
 8. Enseñaba oraciones a pequeños y grandes, y muy particularmente enseñó y exhortó insistentemente a que se meditase el Santo Rosario.
 9. Ponía a bailar a los niños con los niños y a las niñas con las niñas. Posiblemente les enseñaba ciertos juegos.
 10. Enseñaba a practicar algunas devociones como la del Aceite del Viernes Santo, como la aprendió Marcelino Flores González. Se echa aceite de oliva en un envase ancho con una motita de algodón. A ésta se le hacía una especie de mechita que sobresale del nivel del aceite. Se enciende el algodón en la madrugada del Viernes Santo y se rezan 33 Credos en honor de la edad de Jesucristo y 7 Salves por los siete dolores de Nuestra Señora. Cuando la mechita se apague, el aceite que sobre se echa en un potecito y se usa como unguento para ungir a los enfermos.
 11. Se cuenta que para bañarse, Elenita mandaba a sus niñas a pescar (Manuela Velázquez, una de sus niñas).
 12. Acostumbraba estar de “encierro”, días en que se aislaba de los demás en su casita o en el lugar que ella pedía le tuviesen disponible para la oración, el sacrificio y la penitencia. Cuando estaba de encierro no solía recibir a nadie.
 13. Cuando salía fuera de la Montaña iba sentada en una silla, que era cargado por cuatro discípulos designados por ella; la silla estaba atada a unos varales, los que se ponían sobre sus hombros los portadores. Raras veces oímos decir que montó a caballo. Otras veces la cargaban en una hamaca, la que se ataba a una vara larga, cuyos extremos eran puestos sobre los hombros de los portadores, también designados por ella. Se sabe que en varias ocasiones Nuestra Madre desaparecía de la Montaña o del lugar donde estuviese, y aparecía sola en los patios de las casas del lugar que iba a visitar, conocida ella o no en dichas casas.

CAPITULO IX

El cambio de Elenita

Algunos testigos afirman que Elenita comenzó a hablar de su partida ya desde el 1906-1907, pues tenía que visitar otros lugares. Así, les decía a sus discípulos que pidiesen a Papito Dios para que ella derramase su sangre en la Montaña para el bien de Puerto Rico, pues lo haría por los pecados del

mundo como lo hizo el Señor (José González, Manuela Velázquez, Dominga Martínez, Juana Dávila Ramos, testigos).

Les previno que ella no se iría tal y como vino, ya que si así lo hacía, todos pararían en la cárcel. Unos meses antes de comenzar su último encierro (el cual tendría lugar cerca del sábado 21 de agosto de 1909), Elenita desapareció sin decir nada a su cuadro. La guardia de San Lorenzo se enteró sobre la desaparición de Elenita y, tal vez creyendo que habría alguien perpetrado un crimen, debido a los atentados que hubo contra la vida de ella, subió a la Montaña y amenazó a los discípulos que, si Elenita no aparecía dentro de tres días, todos pasarían en la cárcel. Se les ocurrió a los discípulos dividirse en grupos para visitar los lugares que ella frecuentaba, pero no dieron con su paradero. A los tres días. Cuando la guardia municipal llegaba a la Montaña, Elenita volvió a aparecer entre sus discípulos y envió a la guardia al pueblo. Elenita entonces les recordó por qué había dicho que, si ella se iba tal y como había venido (realmente nadie supo cómo vino), todos pararían en la cárcel. Es muy probable que ésta sea la razón por la cual se celebra un “entierro”, una vez derramase su sangre.

Elenita instruyó a los suyos a que nunca dijese que ella había muerto (José González); tenían que decir que ella sólo dio un cambio porque ella era el Ángel del Señor (hermanas Joaquina y Lucía Galarza del Valle, dos de sus niñas), que daba un cambio para dar un paseo, pero que ella pediría a Papito Dios que la volviese a enviar a la Montaña (Juana Montañez Delgado, testigo).

Juana nos decía que Elenita dejó una carta para el sacerdote, otra para una señorita Sellés, y otra para las niñas suyas. Dejó una docena de pañuelos blancos encima de una mesita para que las niñas recogiesen la sangre al dar ella el cambio.

Cuando comenzó el encierro, tenía como unas 22 niñas que la acompañaban, pero sólo una la veía en su casita. A las demás niñas ya les había dado la orden de que cuando la visitasen, no se quedarían con ella; cuatro meses antes del cambio las había enviado a sus casas. Una semana antes del cambio, un sábado (¿18 de septiembre?), una hija de Hermógenes Gómez , Francisca, fue a ver a Elenita y ésta le explicó qué hacer con su sangre, dónde colocar los candelabros para la velación de los tres días y tres noches (Saturnina Camacho, testigo amiga de los Gómez). Elenita dio órdenes de no abrir su casita hasta que ella les diese la señal (Valentín Rosario Galarza, testigo); que no abrieran la casita hasta el mediodía (Amelia Cruz Maurás, testigo que la oyó decir). Eulogia Félix Sánchez, María del Rosario y Gumercinda Martínez Arroyo, Julia Martínez, unas de San Lorenzo, otras del Real de Patillas, unas de Guayama y de Caguas estuvieron con Elenita hasta un mes antes de dar el cambio (Eulogia Félix Sánchez).

Para el momento del cambio, Elenita quiso que algunos de sus allegados estuviesen presentes. Así: José González, Manuel Gómez González, Bernardo del Valle Nieves, una tal Rosa, Lázaro Lebrón y su esposa Carmen Velázquez (que tocaban y cantaban), una señora de Yabucoa y otra de Guayama, algunos de la casa de Joaquín Crespo (se sabe por otra fuente que Andrés estuvo) y Francisco Núñez (Bernardo del Valle Nieves, celador por los 40 días).

Elenita tenía un instrumento que tocaba y con él se acompañaba para cantar desde dentro de su casita. Cuando ella dejaba de tocar, los de su cuadro tocaban y cantaban afuera. Bernardo del Valle fue celador, mantenimiento las hogueras encendidas durante las 40 noches de encierro. A José González le tocó la cocina.

El día antes de dar el cambio se le oía cantar: “Cuando yo me vaya... Puerto Rico entero dice: ‘Adiós, Madre Redentora’ . (Estebanía Rivera Gómez, testigo, amiga de Carmen Velázquez).

Al amanecer de la Fiesta de San Miguel, miércoles 29 de septiembre de 1909, José González encendió un anafre para preparar el café para los que había permanecido en vigilia en la Montaña. De momento escuchó la voz de Elenita y cayó rostro en tierra. Ella le dijo que ya había dado su cambio, que estaría con ellos hasta el último día y que los recibiría gloriosamente en el Cielo (Rafaela y Magdalena, hijas de José).

Al ir a cotejar la casita, todo estaba callado. Notaron que por entre el piso de la casita caía sangre a la tierra, haciéndose un pocito en la misma. Medino Torres, testigo, cree que esa fue la razón

básica para que desde ese día en adelante ese cerro se llamase la Santa Montaña, al lado del mismo hay otro que le llaman cerro La Santa, probablemente también en honor de Vuestra Madre. Los presentes se acordaron de las palabras de Elenita: “Dichoso Puerto Rico si derramo mi sangre aquí”.

Fueron a avisar a la niña Francisca Gómez Montes y a los demás discípulos de los pueblos cercanos (Eulogia Félix Sánchez). Fue de gran asombro el constatar que ese miércoles 29 de septiembre ya para mediodía muchos de los discípulos de los barrios cercanos estaban presentes en la Montaña. Abrieron la casita y la encontraron como arrodillada en el piso, boca abajo, votando su sangre sobre un sábana, ya amortajada con un hábito como lila (Eulogia Félix).

El juez (¿Hon. Buitrago?) subió a la velación y dijo que el cuerpo de Elenita pertenecía a los Angeles (Medino Torres). La curia municipal, avisada por Juan del Valle Rosario, testigo, también subió y preguntó que si había dinero (Olegaria Vega Cintrón, testigo). El sacerdote P. Pedro Puras había dado órdenes de velarla en la Montaña y que la bajaran temprano en la mañana por el camino del Barrio Espino, bajando por la Santa Peña.

El primer día la velaron en la parte delantera de su casita. La colocaron encima de una mesita y la gente entraba de tres en tres para verla y orar. Rezaban las tres Coronas del Rosario y había un silencio profundo. Tenía como unas medias negras puestas sin zapatos (Saturnina Camacho Hernández, testigo ocular). Saturnina estaba arrodillada, cuando de momento sintió un impulso que la levantó del piso y le dio un beso a los pies de Elenita, los cuales sintió que estaban calientes y con un perfume exquisito a rosas (Saturnina).

El jueves 30 de septiembre la Montaña estaba que no cabía un alma más en ella del gentío que había. Era un día de lluvia y neblina. Mataron unos 20 chivos de Elenita y cocinaron 14 racimos de guineos que ella tenía e hicieron varios calderos grandes de arroz para la comida del día (Hermenegildo Rivera, testigo ocular).

Una de las profecías que Elenita había dicho era que, si no la enterraban en la Montaña, la que llamaba su Monte Carmelo, tardaría tres días en sacarla; y ya el sacerdote había dado la orden de llevarla a San Lorenzo. Sólo al tercer día pudieron las niñas colocarla en caja, la cual la había guardado primero en la casa de Francisco Rosario y después con su propia casita (Silvita Núñez, hija de María Núñez, testigo ocular).

Al salir el entierro el viernes 10 de octubre como a las 4:00a.m., había mucha neblina y se rezó por buen tiempo, cuando en ese momento hizo un relámpago y se desprendió un pedacito de cristal de la caja por donde quedaba la cara de Elenita. Por esa abertura fue que el médica más tarde certificó que Elenita acabada de “morir” (Lucia Félix González, hija de testigo ocular).

Manuela Velázquez Cruz subió con sus padres y otros más el mismo día 29 de septiembre y vio que un dedo de la manita de Elenita estaba como comido por un ratón.

La impresión de los que se acuerdan todavía de la caja es unánime: Caja como aquella nunca se había visto. Su tapa y sus lados eran de vidrio grueso, terminando sus extremos como un diamante, sostenidos por madera muy fina de color oscuro, con cuatro argollas o agarraderas; era para cargarla de mano, no al hombro (Bernardo del Valle Nieves, testigo ocular). A la luz del sol el cristal de la caja despedía un gran resplandor (Juan Muñoz Vicens, testigo).

Alega Juan del Valle Fernández que la caja la hizo su sobrino Luis Rodríguez del Valle, hijo de Demetrio R. y Petronila, del Barrio Real de Patillas. Algunos testigos afirman que esa caja se la llevó el sacerdote a la parroquia de San Lorenzo cuando vino a constatar si era verdad o no que el cuerpo de Elenita no estaba en el panteón; que la usó para las procesiones de los Viernes Santo con el Cristo yacente.

CAPITULO X

El “entierro” de Elenita

El entierro salió de la Montaña como a las 4:00 a.m. Llevaba a Elenita envuelta en una sábana (Vicente Rosario Galarza, testigo). Había un gentío incalculable. Cuando llegó el entierro al pueblo de San Lorenzo, todavía iba gente a pie por el Barrio Quebrada Honda, unos 11 kilómetros de distancia (Félix Velázquez, testigo amigo del testigo ocular Hermano Cheo Candelario). Gumercindo Vega Cintrón afirmó que desde la finca de Antonio Machín hasta el pueblo estaba lleno de gente. Usaron el camino real de Cayaguas.

Juan Muñoz Vicens vio pasar el entierro desde la casa de su abuelo en Quebrada Honda y la caja era cargada por sus niñas.

Josefina Cuevas Flores estaba un viernes en la escuela (el 10, de octubre de 1909, cayó en viernes; fecha que ella no nos pudo dar) y los estudiantes salieron del salón de clase para ver la caja, cuando el entierro pasaba por el camino de Cayaguas, más bajo de los Córdoba.

Felipe Laureano del Valle vio el entierro cuando éste pasó por frente de su casa por el camino real de Cayaguas. Y Juana Montañez vio claramente el entierro cuando iba por la cuesta de Don Eleno.

María Núñez contaba que cuando el entierro iba llegando al pueblo, el párroco P. Pedro Puras se topó con la caja y se detuvo a su lado, exclamando si los presentes supiesen lo que tenían allí; que enseguida cayó de rodillas, pidiendo perdón por las ofensas que había cometido. Cuando vino el padre Puras a San Lorenzo y se enteró sobre la Misionera, algunos discípulos le oyeron llamarla “Buruquena”, debido a que Elenita hacía penitencias debajo de rocas grandes y con cavidades (María Eugenia Claudio, nieta de María Núñez).

Llegaron a la entrada del pueblo como a las 4:00 p.m. (Vicente Rosario Galarza, testigo). En ese tiempo no vivía mucha gente en el pueblo. La levaron a la iglesia. Testigos oculares aseguraron que de cierto momento en adelante, Elenita ya no estaba en la caja y que la caja estaba vacía cuando la colocaron en el panteón.

El panteón decía “Madre Redentora”. Algunos afirman que el panteón pertenecía a Joaquín Crespo; otros que era de la Srita Sellés.

Al correrse la noticia de que sólo se había colocado la caja en el panteón, el sacerdote y el sacristán fueron a verificar el hecho y así lo constató y lo contó el sacristán: “la caja restaba vacía” (testigos amigos del sacristán).

Severiana Valdés Morales afirmó que los Hermanos Cheos decían que cuando moría un Santo, el Papa de Roma era iluminado y mandaba a que el Obispo le enviase el cuerpo del Santo. Y el sacristán Ignacio Sánchez, ¿de Guayama?, le contó a Petrona Montañez González que cuando moría un Santo, las campanas de Roma repicaban por sí solas y el Papa mandaba a saber quién era y dónde vivía. Estas explicaciones hicieron suponer a algunos que el cuerpo de Elenita se encontraba en Roma.

CAPITULO XI

Himnos y oraciones de Elenita

No todos los himnos y las oraciones que hemos obtenidos de los discípulos de Elenita eran originales de ella. Los tradicionalmente conocidos, serán sólo citados por sus títulos.

HIMNOS

1. Amor a Cristo Dios, Divino Rey.
2. El Santo Dios.
3. La Pureza.
4. Corazón Santo.
5. Se le oía cantar desde dentro de su casita:
Madre Redentora

del Cielo bajó;
el Monte Carmelo
lo resplandeció. (Juana Dávila Lebrón, testigo auricular)
6. Durante el encierro de 40 días antes de dar el cambio, María Núñez le oyó cantar:
Puerto Rico me bota,
Caguas me llama.
San Lorenzo me dice
que no me vaya,
Paloma blanca de la Montaña.
Los niños de pecho lloran,
los pecadores se afligen,
porque Puerto Rico dice:
“Adiós Madre Redentora”.

7. Los discípulos la oyeron cantar aguinaldos de su propia inspiración, pero no llegamos a conocer alguno que se pudiesen acordar de sus versos.

8. Entre los grupos del sur que subían en romería, los discípulos cantaban el Rosario de la Aurora, además del Rosario de la Virgen y terminaban con el Santo Dios y la Pureza. Al final de la Pureza, cantaban los de Patilla y de Guayama:

Vamos, muchachos, todos en procesión
a ver si alcanzamos de Elenita el perdón.

Y todos los peregrinos fueron instruidos por Elenita para que al subir a la Montaña fuesen rezando el Rosario y cuando estuviesen cerca de la misma cantasen a todo pulmón el Santo Dios y La Pureza.

ORACIONES

De las oraciones originales de Elenita se han conservado muchas más que los Himnos.

El Rosario de San José. Este Rosario era para orarse los miércoles. Lo aprendió María Eugenia Claudio de su abuela testigo María Núñez. Se utiliza un Rosario ordinario. Sólo queda el esqueleto del mismo:

En las cuentas del Padrenuestro:
Un Padrenuestro.
En las 10 cuentas de los Avemarías:
V/ San José glorioso,
duélete de nuestras penas.
R/ Llama al Buen Jesús que se duela de ellas.

El Rosario de los Dolores de María. Este Rosario era para orarse los viernes. También lo conserva María Eugenia Claudio y sólo queda el esqueleto del mismo:

En las cuentas del Padrenuestro:
Un Padrenuestro.
En las 10 cuentas de los Avemarías:
V/ Los dolores de María, Gran Señora, sean aminorados.
R/ El dulcísimo Nombre de Jesús para siempre sea alabado.

El Rosario del Niño Jesús. Este se ora los domingos. Igualmente lo conserva María Eugenia Claudio y sólo queda el esqueleto del mismo:

En las cuentas del Padrenuestro:
Un Padrenuestro.
En las 10 cuentas de las Avemarías:

V/ Al Niño Jesús, contento y glorioso.

R/ Ruego que nuestras penas se nos vuelvan gozo, porque es Rey Todopoderoso.

Geña citó el texto hasta “gozo”, pero Lucy Rivera de Jesús lo aprendió de su madre, discípula y niña de Elenita, Francisca de Jesús Pomales, con la última frase, “porque es Rey Todopoderoso”.

Oración para la agonía. Esta oración la aprendió la niña de Elenita, Manuela Velázquez Cruz, del Real de Patillas. La copio tal y como la pronunció.

Señor Dios de la verdad
de la Santa Trinidad:
Por la Pasión que pasaste,
por la leche que mamaste
de aquellos sagrados pechos,
me has de perdonar
las ofensas que te he hecho.
Que por tu Voluntad sea
dejar el mundo engañoso;
dame muerte con reposo
Santísima Trinidad.
Perdón, Santísimo Dios,
perdón, Santísimo Dios,
perdón, Santísimo Dios,
que yo perdono vivos y muertos
por palabras, por ausencia, por presencia.
Amén, Jesús y María.
amén, María y José.

Oración por un enfermo. Esta oración la aprendieron las hermanas Galarza del Valle de sus padres discípulos de Elenita. Nos la dio Lorenza Galarza.

Bendiga Dios esta mano
tanto para el alma
como para el cuerpo.

Así como Jesucristo
entró en Belén,
cortó esta enfermedad,
que quede bien.

} Estos versos se repiten tres veces

Corto esta enfermedad
y la echo al fondo del mar,
donde ni al mar, ni a las criaturas
le haga mal.
Ni la corto con hierro,
ni con cuchillo,
sino que la corto
con las Tres Divinas Personas
de la Santísima Trinidad:
Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Oración de Exorcismo. Este exorcismo lo aprendió una niña de Elenita, Julia García Cruz.
Trece rayos tiene el sol

y trece tiene la luna,
y con este rayo
reviente Satanás.

Oración del Magnificat o Cántico de María. Esta oración todavía la oraba de memoria la niña de Elenita, Sandalia Rosario Galarza. Se hizo difícil en algunas partes descifrar su contenido, se hiciese con grabación o escuchando directamente. Agradecemos de corazón a Sandalia las veces que tuvo que repetirla para poder copiarla íntegra.

Magnífica y engrandece
mi alma con grande amor
al Señor de Cielo y Tierra
que de todos es Creador,
como fui Su criatura
fue Dios que me procedió.
En el colmo el Saludo
mi espíritu se alegró,
el que mira de Su Esclava
rendido el Corazón.
Me dirá toda la gente
bienaventurada soy,
Dios el Todopoderoso
en Su Nombre me ensalzó
para hacer de Su Hija Amada,
de guardarme me admitió.
De mi Su misericordia
de gente en gente pasó
para miedo al que le tema
de su culpa el perdón.
Mostró el poder Su Gracia,
singular la tentación,
con el abatido Hijo,
su abatido Corazón.
Lo puso Dios y dispuso
y Su asiento se lo dio,
a los humildes gozó
y a Su humilde lo ensalzó;
y a los avarientos ricos
en un vacío los dejó.
Aquel Pueblo de Israel,
que de embajada bajó (dicción difícil verso dudoso)
y bajó Dios-Hombre al mundo
y alegre lo recibió.
Dándole gracias al Padre,
ahí se ofrece el perdón
y admitiéndole el cariño
de piedad y Salvador
que mi Hijo vuelve en carne
y a Jesús lo envió,
en los siglos dilatados

a los hombres lo entregó
porque ya la Encarnación
con esto se conservó.
Y ésta fue de la forma
que Nuestro Padre habló.
Y se le ofreció a Abrahán
siglos y duración
Y esto no había de faltar
siglos y duración.
Gloria al Padre,
gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo
como era por los siglos
y de los siglos. Amén

Oración a la Santa de mi devoción. Esta oración también la recita Sandalia Rosario Galarza:

Santa de mi devoción,
Virgen Purísima y Santa,
escogida por mi Dios,
hija de Joaquín y Ana.
A mi Padre, su Salvador,
y a San Francisco de Padua,
encargo, suplico y ruego
que en favores cae mi causa.
Que por Ella Abogada
según la Ley nos ampara,
bien me puede prometer
indulgencia plenaria.
Aurora del Sol Divino,
pues si siempre amaneciendo
son las eternas luces
de mar divisiente Cielo
y por mí aquí esta noche (este día)
me asiste y me aliento
para que salga mi alma
triumfante de tanto riesgo
y de este mar de amargura
llegue a deseado puerto.

Oración al Ángel de la Guarda. Esta oración la aprendió el discípulo de Elenita, Nemesio Crespo Silva.

Santa Ángel de mi guarda,
imagen de mi Señor,
por la vida que me ha dado
acompañame, gran Señor.
Yo te pido, Ángel bendito,
por tu gracia y tu poder
de los dardos del Maligno
tú me puedes defender

ahora y en la hora
de nuestra muerte. Amén.

Oración al Padre, al Hijo y a la Virgen María. Esta también la aprendió Nemesio Crespo Silva.

Oh Dios Omnipotente,
Padre de todo lo existente,
bondadoso y magnánísimo:
Haz que la Fe nunca
se aparte de mi
para poder amarte y quererte.
Oh Cristo, Hijo de Dios,
Redentor de la humanidad,
ejemplo de magnanimidad y humildad
exista en mi ánimo la fuerza suficiente
para que la Esperanza, bálsamo confortable,
me ayude a aceptar dignamente
el destino de mi vida.
Oh Santísima Madre de Cristo,
Reina de los cielos,
Tú, dechada de Pureza y de Virtud;
Tú que prodigaste a mano llena la Caridad
entro todos los necesitados;
dignate llegar a mi corazón
el reflejo de tu santísima perfección,
para que pueda repartir también
entre los que necesitan
algo de lo material
en la parte que yo pueda.
Y todas esas virtudes
de Fe, Esperanza y Caridad
en que reverente me he ejercitado,
suplico me concedas
lo que pido en esta oración,
si es para mi bien,
y lo mismo lo seguiré practicando
hasta el día de mi muerte
con la bendición del Padre
y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Oración a la Virgen María. Juan Bautista Nieves se la enseñó a su segunda esposa Mercedes Rosario y ésta, a Juana Gómez Rodríguez (nacida en 1928).

Oh Soberano Santuario,
Madre del Verbo Divino,
libra, Virgen. del Infierno
a los que rezan tu Rosario.

Los Quince Misterios. Esta oración la aprendió Obdulia Velázquez de su disciplina madre Ana Domínguez Rodríguez:

Los quince Misterios
son quince rosales,
cuyas rosas místicas
dulce aroma esparcen.
Soberana Reina,
Poderosa Madre:
Oyenos y siempre
tu piedad nos salve.

Salve a Nuestro Señor de los Desamparados. Esta Salve la conocieron algunos discípulos de diferentes lugares, pero dimos con un cuadro de esta Advocación que le regaló Elenita a Isidro Campos y se encuentra escrita en dicho cuadro:

1
Dios te salve, Virgen bella,
Reina de todos los Santos
Consuelo del afligido,
y Madre del desgraciado.

3
Vida y dulzura del triste
que gime desconsolado,
esperanza nuestra y guía
de los que al bien caminamos

5
Infelices hijos de Eva
que a Ti, oh Virgen, suspiramos
entre angustias y dolores
siempre gimiendo y llorando

7
Y sé la Abogada nuestra
ya que humildes te llamamos:
Vuelve a nosotros tus ojos
misericordiosos, santos.

9
Muéstranos, oh Virgen Pura,
como Tú has mostrado a tantos,
a Jesús, Fruto bendito,
de tu vientre sacrosanto.

11
Oh dulce, suave, divino,
puro y confortable Bálamo
para curar las heridas
de nuestro pecho llagado.

13
Tú. Santa y Madre de Dios,
nos hiciste Sus hermanos,
y pues eres nuestra Madre
como a Madre te imploramos.

2
Tú eres, de misericordia,
hermoso y divino faro,
erial cual en nuestras penas
seguro puerto encontramos.

4
Dios te salve, hermosa perla,
Madre del Verbo Encarnado,
a Ti llamanos, Señora,
con ansias los desterrados.

6
En este valle de lágrimas
al cual nos lanzó el pecado,
ea, pues Señora, óyenos
envuélvenos en tu Manto.

8
Que con tu sola mirada
se borran nuestros pecados,
sí, vuélvelos, y después
de este destierro en que estamos.

10
Oh Clemente Emperatriz
de todo el género humano.
Oh Piadosa Enjugadora
de nuestro copioso llanto.

12
No quieras, amada Reina,
un solo instante olvidarnos,
Tú, siempre Virgen María,
por nosotros has mirado.

14
Ruega, Señora, por nos,
los pobres desamparados
para que seamos dignos
a la sombra de tu Manto.

15

De alcanzar, pues, las promesas
en tu Gloria le veamos,
de nuestro Dios y Señor,
Jesucristo, nuestro Amparo.

16

Para que cuando esplendente
en Su Gloria le veamos,
Cantemos con los Arcángeles,
alegres y entusiasmados.
gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo. Amén.

CAPÍTULO XII

El “cuadro” de Elenita

Elenita tenía un grupo de personas que se relacionaban con más frecuencia con ella y al que se le llamaba “el cuadro de Vuestra Madre”. No eran meros visitantes o peregrinos de Elenita, pues compartían con ella más de cerca las cosas necesarias para ella realizar la obra que ella tenía en la Montaña y desde la Montaña. Llegamos a conocer algunas de entre estas personas, pero la gran mayoría nos es conocida por medio de sus hijos u otros familiares o de sus amigos.

LAS NIÑAS

Elenita solía tener consigo un grupo de niñas que eran vírgenes, que se quedaban con ella en la Montaña, por una, dos, tres o cuatro semanas, según ella lo dispusiese. No vivía en la casita de Elenita; vivían en una casa que se encontraba al este de la suya. Eran de los distintos pueblos vecinos de la Montaña.

Las niñas de Vuestra Madre variaban en su edad: Desde los 6 años hasta los 20 o un poco más. No se encontraban todas a la vez junto a Elenita. Esta las turnaba por grupos. Cuando se enamoraban, Elenita las excluía del grupo. Un número reducido permanecieron vírgenes durante toda su vida, profetizado así por Elenita, pero la mayoría se casó. Elenita les decía a las personas que no conocerían amor humano en sus vidas; así se lo afirmó a Joaquina Galarza del Valle, quien todavía (noviembre 1990) vive.

La mandaba a buscar a sus casas o la devolvía a las mismas a cualquier hora del día o de la noche, ya fuesen acompañadas por uno de los mensajeros de Elenita o solas. Cuando iba solas, Elenita les aseguraba que no tuviesen miedo alguno, pues ella les enviaba con un “perro guardián” que ellas no veían. A las niñas más pequeñas que vivían cerca de la Montaña, Elenita le pedía a sus padres que se las trajesen por la mañana y se las llevasen por la tarde, según ella disponía. Durante los tiempos de encierro prolongados, Elenita acostumbraba enviarlas a sus casas.

Durante la estadía de las niñas en la Montaña Elenita les enseñaba a orar, particularmente el Santo Rosario, les enseñaba Oraciones e Himnos religiosos; las instruía y adiestraba en los quehaceres domésticos, en el trato que debían tener con los hombres, en sus deberes de hijas y en sus deberes para con las demás personas. Las niñas le hacían mandados a Elenita, la peinaban, le cargaban sus pertenencias. Sólo ellas tenían la orden de poder tocar a Elenita. Estas niñas se distinguieron por sus modales y buenos hábitos. Muchas de ellas aprendieron a escribir y a leer con Elenita.

Las Niñas de San Lorenzo. Cornelia Carrasco Vázquez, Carmen Lebrón, Cecilia, Delfina Crespo González, Hipólita (Cola) Crespo González, Anastacia Crespo González, Joaquina Galarza del Valle, Lucía Galarza del Valle, Joaquina Rodríguez, Hermógenes (Monjita) Rodríguez, Lila Núñez, Tomasa Rodríguez Rodríguez, Margarita Rodríguez Rodríguez, Francisca Rosario Gómez, Juanita Rodríguez García, Berta Rodríguez García, Basilia Rodríguez García, Hilaria Rodríguez García, Bárbara del Valle, Francisca Rosario Pérez, Adelina Rosario Gómez, Monjita Rosario Gómez, Carmela Cos, Sandalia Rosario Galarza, Fabia Montañez, Alejandrina Carrión Nieves, Santos del Valle Crespo, Gregoria Gómez Montes, Francisca Gómez Montes, Delfina Infante Capelle, Isidora de León, María Trinidad Crespo Borges, Lydia Crespo Borges.

Las Niñas de Yabucoa: Tomasa Rivas Mendoza, Carmen Rivas Mendoza, Ramona Rivas Mendoza, Petronila Camacho Hernández, Vicenta Gómez, Eulalia Vázquez, Ricarda Vázquez, María de Jesús Martínez González, Gumercinda Martínez González, Julia Santana, María Justiniana Martínez Arroyo, María Avelina Martínez Arroyo, María del Rosario Martínez Arroyo, Francisca Crespo Martínez, Eulogia Félix Sánchez, Carmela González Ramos, Victoriano Tirado Díaz.

Las Niñas de Patillas: Justina Velázquez Domínguez, Engracia Suárez, Angela Gumercinda Velázquez Domínguez, Ramona Vega Cintrón, Francisca Santiago, María García Cruz, Manuela Velázquez Cruz, Juanita García Cruz, Julia García Cruz, Mercedes Velázquez Cruz, Amelia (Rufina) Cruz Maurás, Monserrata, Vicenta Torres, Juanita Díaz, Carmen Velázquez, Catalina Rodríguez, Antonia Vega Cintrón, Cayo Burgos García, Catalina Rivera, Catalina Sánchez Ramos.

Las Niñas de Maunabo: Alejandrina, Elvira, Una hija de Aleja Lebrón, una hija de Germán Díaz, Carmen Santiago, Margarita Martínez.

Las Niñas de Caguas: Juanita Flores, María (Chita) Flores, unas hijas de Pedro (Perico) Crespo González, Evangelista Vega, Juliana del Valle Trinidad.

Las Niñas de Guayama Lucía Ramos, Candelaria Pérez Berrios, Manuela Pérez Berríos, Francisca de Jesús Pomales, Estebanía de Jesús, Lucía Torres Díaz.

Las Niñas de Arroyo: Una de Yaurel.

Las Niñas de las Piedras: Natividad Mojica Díaz, Francisca Mojica Díaz.

Otras Niñas: Conocemos los nombres de otras niñas, pero no sabemos su procedencia: Filomena Delgado, Ignacio Colón, Marcela Ruiz, Margarita Roldán, Yía (posiblemente de San Lorenzo), Victoria Flores González, Francisca González Rosario, Carmela, esposa de Ramón Rodríguez.

LOS GUARDIANES DE ELENITA

Estos eran jóvenes, jóvenes adultos y personas mayores, ya fuesen solteros o casados. Se encargaban ordinariamente de estar en los portones cuando venían las romerías de los distintos pueblos. Según el mandato que recibieran de Elenita, así dejaban o no dejaban pasar a alguna persona, mencionando su nombre, la persona tenía que virar de ese portón otra vez para su casa. Se conocieron los siguientes: Juan Velázquez Claudio, José Rodríguez Calixto, Heraclio Cruz, Martín Santiago, Liborio, Andrés Crespo, Daniel Figueroa, Francisco Román Ruiz, Antonio González González, Eloy Maurás Figueroa.

LO CELADORES

Estos mantenían las fogatas encendidas alrededor de la casita de Elenita durante la noche. Así lo hizo al único que conocimos, Bernardo del Valle Nieves, durante los cuarenta días de encierro antes de Elenita dar su cambio.

LOS EBANISTAS Y CARPINTEROS

Se encargaban de las construcciones de las casas, las capillas, los ranchones, las letrinas. Francisco Clara, Luis Rodríguez, Cruz Suárez, un hermano mayor de Agustín Flores Ramos, Eleuterio Velázquez Claudio, Francisco Torres, Abelardo Flores Fonseca.

LOS ASERRADORES

Estos tumbaban los árboles y los aserraban para obtener la madera que se usaba para las construcciones. Sólo supimos de Modesto Lebrón Ramos y Gregorio Flores.

LOS TALADORES

Estos mantenían los alrededores limpios de yerbas y arbustos. Sólo supimos de Cecilio Navarro.

LAS LAVANDERAS

Estas lavaban las distintas pertenencias de Elenita. Aunque fueron varias, sólo supimos de Luciana del Valle Cruz, María de los Angeles Martínez Arroyo, y Antonia Nieves.

LAS COSTURERAS

Estas cosían la ropa que Elenita regalaba a los necesitados. Ordinariamente la hacían de telas que algunos dueños de tiendas le mandaban a Elenita. Sólo supimos de María de la Paz Rodríguez y María de los Santos Martínez Arroyo.

LOS(AS) COCINEROS(AS)

Bajo el mando de Elenita se encargaban de almacenar los alimentos que traían de los distintos pueblos, de repartirlos a los necesitados y de cocinarlos para los peregrinos y los de su cuadro. De entre ellos supimos de: Estefanía de Jesús, Pascasio ¿Medina?, Francisco González, Venancio Nieves Tirado, Francisca Rosario, Ricarda Vázquez, Marcelo, Lázaro Lebrón, Rodulfa García Hernández, Monserrate Vázquez Martínez.

LOS MENSAJEROS

Estos hacían los mandados a Elenita a cualquier hora del día o de la noche, lloviese o hiciese sol. Aprendieron a hacer lo que se les mandaba con toda rectitud. Aunque aquí se incluyen sólo los nombres de hombres, se sabe que Elenita mandaba a sus niñas para mensajes especiales. De entre los mensajeros están: Joaquín Crespo González, Valentín Galarza del Valle, Tiburcio Rosario Galarza, Pablo Cruz González, José Martínez González, Marcelo Rosario Galarza, Delfino Rivera, Silverio Álvarez y Abdón del Valle.

LOS MÚSICOS

Estos tocaban los instrumentos de cuerdas, además de flautas y de acordeón. Cantaban los Rosarios, himnos religiosos y música típica religiosa puertorriqueña. Al parecer sobresalieron: Carmen Velázquez (y su esposo Lázaro). Luciano Laboy Rivera y su esposa Primitiva Vázquez y Tiburcio.

OTROS ALLEGADOS DEL CUADRO

Elenita tenía otras personas que la conocieron muy de cerca y que se quedaban por mucho tiempo en la Montaña, fuesen casados, viudas (as), o soltero (as). Entre ellos se destacó María Núñez.

CAPITULO XII

Reliquias de Elenita

De la santidad de Elenita muy pocos podrían dudar y como es de tradición aún neotestamentaria con los pañuelos de San Pablo, de ello son testigos los discípulos que llegaron a poseer los diferentes objetos religiosos o utensilios domésticos que Elenita les regalara, pero aún más son aquellos a quienes

ella les dio expresamente como reliquias madejas de su pelo. Este último hecho histórico al parecer no tiene parangón en la historia de los Santos, pues ninguno de estos se ha atrevido a dar parte de su cuerpo como un objeto santo a los demás durante su vida mortal; sólo después de haber muerto o, como en el caso de San Pablo y otros, por la santidad que les consta a personas que les conoce, es que se utilizan sus pertenencias como reliquias entre los fieles.

LA SANGRE DE ELENITA

De entre las reliquias, su sangre ocupa el primer lugar, Juna del Valle Fernández fue testigo de que el lugar donde Elenita derramó su sangre (en la tierra donde se hizo a manera de un pocito) fue cercado con zarza americana para que nadie lo pisase.

Antes del 1928 ya Obdulia Velázquez había señalado el mismo lugar con una Cruz de cedro. Sería para la década del 1930, posiblemente en el año 1934, que Félix Rodríguez Tirado, ayudado por Pedro Vega de Patillas, construyó el primer monumento, precisamente encima del lugar exacto donde Elenita derramó su sangre. Pedro Vega, a quien conocimos también, había visitado ese lugar desde el 1922, año en que ya había desaparecido la casa de Elenita.

El monumento de Félix era una especie de altar en cemento, mezclado éste con piedras hasta de 3 pulgadas de diámetro; tenía dos gradas y un nicho en el centro; su base era rectangular y tenía dos gradas y un nicho en el centro; su base era rectangular y hueca, asemejándose a un panteón, teniendo al frente una plazoleta de una capa fina de cemento (mezclado sólo con arena) de 10 pies cuadrados. La plazoleta ya se encontraba cubierta por una capa de tierra de unas 3 a 5 pulgadas de espesor. El haber hecho el monumento como una bóveda, estilo panteón, creó la confusión que todavía existió hasta la década del 80 de que allí habían enterrado a Elenita. Para la construcción del monumento Félix trasladó la Cruz de cedro, o tal vez una sustituta de la de cedro, como a unos 4 pies para el norte del monumento. Agustín Ramos Flores fue otro testigo de la intención de Félix: Proteger definitivamente el lugar exacto del derramamiento y así no fuese desacralizado.

El miércoles 3 de mayo de 1939 la Cruz de madera fue sustituida por una de cemento y arena, posiblemente con varilla por dentro, que había mandado a hacer María Núñez en 1938. En esa ocasión estuvieron presentes Evangelio Nieves Cintrón y su comadre Ventura Campos, quienes acompañaron a los que llevaban la Cruz de María Núñez (María Eugenia Claudio, nieta de María Núñez).

Por último para la década del 1970, Félix Claudio (nació en 1913), a instancias de Obdulia, construyó un segundo monumento cuadrangular macizo con un nicho encima, en el que se colocó la imagen del Carmen, delimitado por cuatro de los zocos originales de la casa de Elenita y cubierto todo con un ranchón. Esta última cubierta fue la que le dio el nombre a la estructura de “Ranchito de Vuestra Madre”. El monumento fue construido en el lugar donde María Núñez había sustituido la Cruz de madera por la de cemento. Félix Claudio, al construirlo, desplazó la Cruz de cemento de María a unos 8 pies a este del monumento, colocando en su lugar otra Cruz de cemento. La gente tendió a pensar que el lugar señalado por el nicho de la Virgen del Carmen de Félix Claudio, era el verdadero lugar de derramamiento, lo que hizo que este monumento fuese más visitado que el de Rodríguez Tirado; y aun el mismo Félix Claudio llegó a pensar y a divulgar que el de Rodríguez Tirado no tenía valor alguno.

EL PELO DE ELENITA

Elenita repartió parte de su pelo a varios de sus discípulos más allegados con la intención de que lo usasen como reliquia sagrada en su vida de cristianos. Sabemos de algunos discípulos que no permitieron que su reliquia fuese tocada por nadie en absoluto, debido a la sacralidad de la misma. Algunos pidieron a sus familiares que les colocasen su resguardo en su mortaja. A otros se les perdió con los huracanes o las mudanzas.

Rosa Nieves, esposa de Abdón de Valle, tenía el pelo de Elenita en un detente que hizo de tela gruesa, junto a una hoja de libro Camino Recto de San Antonio María Claret que contenía la Oración a la Virgen del Carmen. Cuando ella murió les pidió a sus familiares que se lo colocasen en su mortaja . A los doce años, en el 1966, fue necesario exhumar su cuerpo para enterrar a uno de sus hijos, y a instancias e insistencias de su nieta Nicolasa del Valle Reyes, hija de Crispino del Valle Nieves, al sacar la caja y abrirla, encontraron el cuerpo de Rosa incorrupto, hallando el detente donde había sido colocado cuando ella murió. Esta reliquia la entregaron al Santuario.

De entre otros discípulos que tuvieron su reliquia de pelo están: Santos Rodríguez Rodríguez, entregada también a Monseñor Hernández por su hija Eulogia Galarza Rodríguez; Juliana del Valle Trinidad, Belén Rodríguez Cruz, Alejandrina Carrión Nieves y Victoria Silva Díaz.

LA ROPA DE ELENITA

Cuando Félix Rodríguez escarbaba el lugar del derramamiento de la sangre de Elenita para hacer el monumento, encontró los paños con sangre y unos mantos de Elenita, y fue tan fuerte la impresión que recibió, pues ya hacían 25 años de haber sido enterrados allí, que los extrajo a toda carrera, corrió a un lugar cercano y los volvió a enterrar a unos 3 ó 4 pies de profundidad.

Silvita Núñez tenía una batita y un pañuelo de Elenita, pero se le perdieron.

Juliana del Valle Trinidad pidió que le echasen en su mortaja un cinturón de Elenita.

Rosa Nieves tenía también un Escapulario de Elenita, pero no se sabe de paradero.

Silvita Núñez, por orden de P. Etanislá, enterró en la Montaña santa un hábito negro y otro amarillo de Elenita.

Margarita Martínez, esposa de Everaldo León, tenía un manto de Elenita.

Por el mismo lugar en que Silvita enterró los hábitos, se enterró además unas batitas, camisillas, agujas, guantes y efectos de costura.

María del Rosario Martínez y su hermana Avelina, discípulas que por orden de Elenita no conocieron otro amor que Cristo y la Virgen, enterraron en la finca de sus padres, en el Barrio Quebradillas de Yabucoa, unos velos, toquitas de la frente, sandalias y otras pertenencias donde no pudiesen ser desacralizadas.

Retratos de las Reliquias

1. Sangre
2. Pelo
3. Velo
4. Un cuadro de la Virgen del Carmen
5. Libro Camino Recto
6. Silabario
7. Taza con platillo
8. Pilón con su maceta
9. Medalla de la Asunción
10. Rosarios
11. Campanilla
12. Crucifijo de bendecir de Félix Rodríguez
13. Platón de Vuestra Madre
14. Funda de almohada
15. Imagen de la Monserrate
16. Crucificado de José González
17. Cuadro del Sagrado Corazón (de discípulo de V. Madre)
18. Cuadro de Jesucristo Rey (de discípulo de V. Madre)

19. Vasija de porcelana

IMÁGENES DE ELENITA

Elenita le dejó una imagen de la Virgen María a Juan Crespo González, la que se encontraba en la capilla de la Santa Montaña en la capilla construida por los hermanos Cheos en la década del 1910. Cuando la capilla fue destruida por el Huracán San Felipe en el 1928, Lolo González se encontró la imagen y se la llevó en hamaca a su casa de Patillas. Al vender su terreno a su cuñado Primitivo Vázquez, esposo de Ricarda Vega Cintrón, la imagen se quedó en la antigua casa de Lolo y pasó a manos de Ricarda. Ricarda se mudó para el Barrio Espino de San Lorenzo, trayéndose consigo la imagen. Al morir Ricarda, su hermana Olegaria, esposa de Juan Crespo, se la llevó a su casa en el Real de Patillas.

Juan Avelino Martínez donó un pedazo de su terreno para la construcción de la capilla que Elenita quiso que se erigiera en el Barrio Quebradillas en honor de la Virgen del Carmen. El maestro Polo hizo la imagen de cedro, usando pelo de la discípula Dominga Martínez Rivera y de una prima de ésta para la cabellera de la imagen. Posiblemente ésta es la misma imagen de la que oyó hablar la discípula Eulogia Félix Sánchez, quien entendió que Elenita quería que llevaran esa imagen a la Montaña.

Elenita le regaló a Cornelia Carrasco una imagen pequeña de la Virgen, imagen que Cornelia dejó a Félix Rodríguez Santiago. En una visita que hiciera el P. Federico, CSSR, a Félix, el sacerdote se encariñó con la imagen y Félix se la dio

Elenita también le regaló a Faustina Rodríguez algunas imágenes de Santos.

La imagen que más ha llamado la atención entre todas las que se conocen como pertenecientes a Elenita es la que actualmente se venera en la capilla de la Santa Montaña. Es de la Virgen del Carmen. La mandó a buscar a España, pero llegó después de haber dado el cambio, quedándose en la parroquia de San Lorenzo. El P. Mariano Olalla se hizo protector de la misma y cuando él tuvo que internarse como enfermo en el Auxilio Mutuo, donde murió en 1943-1944, se la entregó a Cornelia Carrasco, una de las niñas de Elenita, quien había sido Presidenta de la Cofradía del Carmen en San Lorenzo por más de 10 años (y lo fue por 30 años más). Su hermana Petronila Carrasco nos informó que Cornelia le mandó a hacer un traje a la imagen con una costurera de San Lorenzo. Antes de morir Cornelia, ésta le pidió a su hijo Bernardo Claudio que se encargase de llevar la imagen a la Santa Montaña. Al mes de irse Bernardo a Chicago murió Cornelia, pero Bernardo le había pedido a Félix Rodríguez Santiago que la llevara en su jeep a la Montaña. Según Petronila la imagen fue llevada en romería, en la que se encontraba Juan Claudio Vázquez, Gaspar, Ventura (tío de Petrona) y Ventura (hijo de Petrona). Amelia Claudio Ortiz, nieta de Cornelia, asegura que la imagen una trenza con pelo de Elenita, además de unas medallas. Algunos discípulos, ya mayores, han subido a la Montañas y al ver la imagen, han exclamado con alegría el gran parecido de la imagen con Elenita, diciendo: “Ver esa imagen es ver a Vuestra Madre”. Hubo uno que con gran emoción preguntó: “¿Pero, por qué no le llaman Elenita? ¡Es la misma!”.

OTRAS PERTENENCIAS DE ELENITA

Cuando Elenita dio el cambio Francisco Núñez se llevó a su casa un “pañito” muy lindo de ella (María Eulalia Núñez)

Cuadros. Elenita le regaló un cuadro de la Virgen del Buen Consejo a Lucía Torres,

Elenita le regalará un cuadro de Nuestra Señora de los Desamparados a Isidro Campos Pedraza, el cual es custodiado por su hijo José.

Y el cuadro más famoso de Elenita es el que ella usaba en la tribunita desde donde predicaba. Era de la Virgen del Carmen. Unos meses antes de dar el cambio, Elenita envió a la mayoría de sus

niñas a sus respectivas casas, entre ellas una tal Juana. Esta no quería irse y no pudo sino llorar a medida que subía la cuesta desde la casita de Elenita. Esta la llamó, que regresase para entregarla algo: Era el cuadro que acostumbraba poner en la tribunita. Lo puso en el pecho de Juana, quien lo apretó, sin mirar lo que llevaba, y ya contenta, subía otra vez la cuesta, cuando Elenita volvió a llamarla. Esta vez le preguntó que qué llevaba consigo y Juana le contestó que un cuadro. Elenita le preguntó entonces de quien era el cuadro, para lo cual Juana tuvo que mirarlo y le contestó que era de la Virgen del Carmen. Entonces Elenita le dijo a Juana “Esa soy yo, no se lo digas a nadie”. Cuando murió Juana, el cuadro paso a manos de su hija María Flores, quien antes de fallecer se lo dejó a su hija Juana Rodríguez Flores. Esta a su vez se lo encargó a su hija de crianza, quien entregó el cuadro a Monseñor Hernández. La imagen de la entrada de la Santa Montaña fue tallada teniendo ese cuadro como modelo.

Cruces: Jesús Rosado Ortiz (nació en 1911) llegó a ver una crucecita de oro entre las pertenencias de Elenita que tenía Angelina Lebrón. Rafaela González Lebrón, hija de Angelina, nos informó que la crucecita de oro pertenecía a la Corona que usaba Elenita. Esas pertenencias las guardó su hermana María, quien se las había entregado a Obdulia Velázquez. Esta le hizo entrega de ella al P. Santaella, quien se las llevó para la Casa de Formación de los Hermanos Cheos en Peñuelas.

Manuela Velázquez Cruz tiene un Crucifijo que le dio Elenita a su papá Eleuterio.

Asunción Lebrón Hernández entregó al Santuario una Cruz- candelabro de cristal que pertenecía a Elenita. La guardaba la discípula Carmen Montañez, esposa de Luis Velázquez del Barrio Quebrada Lajas de San Lorenzo

El Crucifijo que se venera en la capilla de la Santa Montaña hoy día, se veneró primeramente en la capilla del Sagrado Corazón de Jesús construida por el Hermano Cheo Francisco Núñez (murió en 1915), ubicada en los terrenos que pertenecían a Guillermo Dones. Para el 1925 el P. Mariano Olalla mandó a construir otra capilla, cerca de la Francisco, encargando a Manolo Mejía la mano de obra. El Crucifijo lo pasaron a esta capilla, junto a otras imágenes que también se veneraban en la primera capilla, como la Virgen del Carmen, San Juan Nepomuceno y San Felipe. La capilla construida por el P. Mariano Olalla fue vendida por el P. John (Antonio) Cronin, CSSR, para el 1960-61 a Carmelo García y le regaló el Crucifijo a Vicente Rodríguez, quien a su vez se lo dejó a Pablo Ramos. Pablo lo entregó al Santuario. No se sabe quién talló el Crucifijo y se cree que fue tallado a instancias de Elenita o de uno de sus discípulos. Posiblemente la capilla de Francisco fue construida para el 1912.

Tenedor y guante. Jesús Rosado Ortiz también presencié que Angelina Lebrón tenía un tenedor pequeño y un guantecito de Elenita. Jesús nos contaba que no abandonó la casa de Angelina hasta que la convenció para que le diera un pedacito de un dedo del guantecito de Elenita, pero se le perdió a el.

Botellita de vino y copita de oro. Elenita le dio a Francisco Núñez y al Hermano Gregorio una botellita de vino y una copita como de oro a cada uno.

Dedal: Cuando Elenita dio el cambio, Francisco Núñez se llevó un dedal de Elenita para su casa (María Eulalia Núñez nacida en 1900). Su esposa Belén Flores Díaz se quedó con el mismo, de quien pasó a manos de su nuera, Elena Benítez Vargas, esposa de Dámaso Núñez Flores.

Sinfonía de boca: Elenita le regaló una sinfonía de boca a Daniel Figueroa para el 1909 e igualmente le regaló otra a Andrés Crespo González (Laura Crespo Núñez, nieta de Andrés).

Güirito: La Hermana Cheo Geña Torres Soto tenía un güirito que alegadamente pertenecía a Elenita. Su hija Delia Rivera Torres se lo entregó a doña Librada.

Fundas de almohada: María de los Santos Arroyo tuvo una funda de Elenita con las iniciales “V”uestra “M”adre en rojo.

Elenita regaló otra funda de almohada a Juana María Pérez, esposa de Narciso Rodríguez. Esta funda es blanca de un tejido finísimo y en medio de un bordado tiene “M” + “R” (M Cruz R). Juana le dejó la funda a su hija Gregoria, quien a su vez se la dio a su hermano José. La hija de José, Angela, la

entregó al Santuario. Angela recibió de sus familiares que “M” + “R” eran las iniciales de “Madre Redentora”.

Un libro: Elenita regaló el libro Camino Recto a Francisco Rosario. Antes de morir Francisco, Zenón Nieves se lo pidió prestado. Francisco murió y Zenón se quedó con el libro. Su hijo Eugenio Nieves, ya casado con Laureana del Valle Roldán, se lo pidió prestado a su padre. La hija de Zenón, Alendandrina, se lo llevó para Estados Unidos cuando ella se fue a vivir ahí. Y de Estados Unidos lo envió por correo, entregándolo al Santuario.

Silabario: La Hermana Cheo Geña Torres Soto tenía también un silabario o abecedario que su hija Delia cree que pertenecía a Elenita. El silabario consiste de letras que se usan para bordar (calar) y se dice que Elenita las usaba también para enseñar el abecedario a sus niños y niñas. Delia entregó el silabario a doña Librada.

Un tenedor: La Hermana Cheo Geña tenía también un tenedor, el cual su hija Delia se lo dio a Monseñor Vera de Jesús.

Una taza con platillo: Elenita le regaló una taza muy fina con su platillo a Fermina Montañez, la cual guardó su hijo Joaquín Montañez González, casado con Anastacia Borges Arroyo. Ricardo (Claudino) Montañez Borges, hijo de Joaquín, la entregó al Santuario.

Vasijas de porcelana: Elenita le regaló una jara mediana de porcelana a Valentina Díaz, casada con Ramón Torres. Su nieta Carmen Montañez Pérez la entregó al Santuario.

Pilón con maceta: A Carmen Montañez, esposa de Luis Velázquez, Elenita le regaló un pilón pequeño con su maceta, hechos del árbol de hoja menuda. Carmen se lo dio a Asunción Lebrón Hernández, quien lo entregó al Santuario.

Otras: Manuela Velázquez Cruz, una de las niñas. nos informó que Elenita le llegó a regalar a sus padres baúles, libros y zapatos.

Medalla de la Asunción: A Francisco Rosario Gómez le regaló Elenita una medalla de oro de la Asunción. Tenía dos tapas: Una maciza y lisa, soldada a la tapa principal del frente. La medalla se le había perdido a Francisco, quien sacando yautías cerca de su casa, la encontró. Francisco le dejó la medalla a su hija Dolores Rosario Nieves, quien al casarse se la dio a su hermano Tiburcio. Tiburcio permitió que su esposa Margarita Carrión Rivera, hija de los discípulos Dionisio y Estebanía, la usase, pero al parecer sus niños la destrozaron, por lo cual Tiburcio optó por guardarla hasta que la entregó al Santuario.

Un Rosario: Elenita le dejó a su niña Cornelia Carrasco un Rosario de cuentas negras grandes, el cual Cornelia usaba pendiendo de la cintura (Petrona, hermana de Cornelia).

Campanilla: Esta se la regaló Elenita a Vicente Rosario, quien se la dejó a su nieto Francisco Rosario Gómez. Al mudarse para Caguas, Francisco le vendió la finca a su primo Hilario Rosario en el 1968, encargándole la campanilla como una reliquia y recuerdo de Elenita.

Palma de coco: Vuestra Madre sembró una palma de coco, la única que se ha dado hasta el momento, habiendo dado una profecía sobre su fruto y el fin del mundo.

CAPÍTULO XIV

El desarrollo de la Santa Montaña

A. LA CAPILLA

Desde el momento que Elenita subió a la cima de la Montaña ella mandó a hacer una capilla, la cual era atendida por personas de su cuadro como Josefa García, suegra de Bernardo del Valle Nieves. Ya para el 1911, el padre Puras había construido un ranchón que quedaba anexo a dicha capilla, un poco al oeste de la misma en la planicie de San Francisco. Para el miércoles 2 de septiembre de 1914 todavía

existían ambas estructuras y así lo atestiguó Severiana Valdés cuando visitó la Montaña con su mamá.

La segunda capilla de la Montaña la construyeron los Hermanos Cheos un poco antes del 1918 en el lugar donde ha estado situada hasta hoy. Tenía doce cuartos a su alrededor y dos cuartos para sacerdotes; su piso era de cemento, de poco espesor; de su frente sobresalía un capanario, cuya campana la había traído de la antigua capilla de Francisco Núñez. Fue destruida para el 1928 por el Huracán San Felipe y fue sustituida por un ranchón sencillo hasta comienzos de 1940.

Para el 1940, Jesús Rosado Ortiz y el Hermano Cheo Candelario de León limpiaron el lugar donde Elenita había tenido su casa y emprendieron la reconstrucción de la segunda capilla, habiendo comprado un tabonuco por 25 dólares al guardabosque Dávila, quien les regaló otro. El trabajo de aserramiento que había comenzado Eleuterio González lo terminó otro aserrador, construyendo la capilla el carpintero Ruperto García para el 1942. Todavía encontramos personas en el Barrio Espino de San Lorenzo que ayudaron a subir los materiales desde el kilómetro 14 de la carretera 181. La segunda capilla la agrandaron a 24' x 40', haciéndola de dos aguas con techo de zinc y las paredes de madera. Al frente y encima de la capilla colocaron una Cruz y no tenía campanario, El presbiterio era de 8' x 24', separada de la nave por un escalón de un pie de altura. El altar era de madera y estaba pegado a la pared. Se exponía a la veneración de los fieles un cuadro del Sagrado Corazón y uno del Perpetuo Socorro.

La tercer capilla fue dedicada el 29 de septiembre de 1985, fiesta de los Arcángeles Miguel Gabriel y Rafael, fecha en que Vuestra Madre derramó su sangre.

B. LOS SACERDOTES

La Santa Montaña estuvo siempre atendida por los sacerdotes. Hasta el 1929 los sacerdotes de San Lorenzo subían los jueves y bajaban los sábados para la celebración de la Misa los viernes a las 8:30 a.m. y los sábados a las 9:00 a.m. Los jueves, se tenía el Rosario y un sermón (Silvita Núñez). El padre Ángel y el padre Etanislao visitaron la Montaña antes de 1929 para conducir algunos retiros de 9 días en diferentes épocas del año, particularmente en la Cuaresma.

El padre Mariano Olalla celebraba la Misa una vez al mes en la Santa Montaña. La carretera 181 llegaba sólo hasta el kilómetro 10, a donde lo iba a buscar a caballo Hermógenes Gómez, quedándose en la casa de éste (Asunción Lebrón Hernández). Del 1935-1941 el padre Gualterio ¿Muñoz? celebró la Misa por primera vez en la Santa Peña (Tomás Veguilla, nació en 1909).

Cuando María Núñez todavía vivía (murió en 1956), los sacerdotes de Caguas celebran la Misa una vez por mes en la Santa Montaña (Laureana del Valle Roldán). Así fue la costumbre de asistencia pastoral que se brindaba en la Santa Montaña.

Del 1973 al 1976 el padre Roldán atendió la Santa Montaña de manera más permanente, pero del 1976 hasta el 1982 se le volvió a dar la asistencia mensual de antes por los sacerdotes Gerardo, CSSR, Alfredo CSSR, Juan Rosario CSSR, Oscar Rivera, Ricardo CSSR, Rafael CSSR, Mon. Vélez.

Fue en el 1982 que Mons. Hernández envió de manera más permanente al Diácono José Oliveras y luego en el 1983 al P. Jaime Reyes, OSB, quien daba asistencia semanal hasta el 1986 y diariamente desde el 1986 hasta el presente.

C. LA CARRETERA 7740

Los planes para hacer la carretera 7740 comenzaron para el 1940. María Núñez decía que, si se construía esa carretera, había que poner los huesos de punta, pues serían los fines del mundo y se haría el pueblito de la Aurora, que sería lo último por ver (Silvita Núñez, su hija). Timoteo Rodríguez Morales ayudó en la construcción dicha carretera (Pilar, hermana de Timoteo).

Cuando iba a venir el proyecto de la carretera, Juan Berríos pidió una entrevista con el Obispo Mons. Grovas por medio del P. Damian CSSR con la intención de pasar a nombre de la Iglesia un

terreno de su posesión que quedaba al nordeste de la capilla. Juan había recibido una carta para el 1952 en la que se alegaba que ese terreno pertenecía la nieto de Obdulia Velázquez, por lo cual fue al Hogar de Seguros de Caguas para explicar la situación con las escrituras. Las 22 cuerdas se las entregaron para el 1958.

D. Retiros

Los Hermanos Cheos comenzaron a predicar en la Santa Montaña antes del 1912 por medio de Francisco Núñez, aunque los demás predicaron del 1912 en adelante (Medino Torres). Juana Campos Torres fue a escuchar a Elenita sólo cuatro veces, pero después de su cambio fue a escuchar a Francisco.

Los Hermanos Cheos traían además a algunos sacerdotes capuchinos cuando todavía Anastacia Nieves García (nació en 1909) estaba pequeña. Fue precisamente un sacerdote capuchino quien en un retiro afirmó que Puerto Rico había sido visitado por la Virgen del Carmen y que los Hermanos Cheos, a ejemplo de los Apóstoles, vendrían a continuar la misión (Medino Torres). Sixto Dávila Rivera atestigua que cuando él tenía 15 años (nació en 1907), él asistía a los retiros que daban los Hermanos Cheos en la Santa Montaña, en el año 1922.

E. RESIDENTES DE LA SANTA MONTAÑA

Tanto durante el tiempo de Elenita como hasta el 1956 hubo gente viviendo en la Santa Montaña. Manuel Gómez vivió cerca de la palmita de coco. Tona, la madre de María Núñez, vivió por las Tres Cruces. Silvita, la hija de María Núñez, vivió por la parte sur de la Santa Peña y, una vez terminada la tercera capilla para el 1942, se mudó para el lado norte de la misma. Silvita vivió en la Santa Montaña hasta el 1960.

Otro que vivieron en la Santa Montaña fueron Evangelista Gómez (por las Tres Cruces), la viuda María Rivera con su hermano Eloy, Pascasio Vázquez, Lázaro González y su esposa Carmen Lebrón. Todavía no se había dividido en parcelas.

José González tuvo una casita por el lado de la capilla para la década de 1950. Al pasar la carretera 7740 por el norte de la Montaña, mudaron la casa para el lugar actual en que se encuentra la Rectoría del Santuario. José vivía con su familia en Patillas, pero su esposa Angelina, al recordar la promesa que les hiciera Elenita de no abandonar la Montaña, se fueron a vivir a la misma para el 1962, seguida luego por su esposo. Angelina murió en el 1965, quedándose José otro tiempo más, pero al enfermar, se lo llevaron otra vez a Patillas. Le amputaron una pierna y lo atendían en el Barrio La Mula de Patillas en la casa de su hija Rafaela. Quiso morir en la Montaña y a los catorce días de haberlo traído, murió el 30 de mayo de 1973.